

Consideraciones sobre los inicios del Neolítico en el Mediterráneo español

JAVIER FORTEA PÉREZ y BERNARDO MARTÍ OLIVER

1. INTRODUCCIÓN

Los últimos años han visto renacer el interés y la discusión sobre el cómo y el cuándo se produjeron en nuestras tierras los cambios conducentes a la aparición de las comunidades agricultoras y ganaderas. Con ello los estudios sobre el Neolítico vienen a sumarse a la dinámica general de nuestra investigación prehistórica, que ha puesto en revisión algunos de los términos con que tradicionalmente se plantearon influencias y relaciones, tanto para culturas del Paleolítico superior, como para el Calcolítico o la Edad del Bronce.

Las razones para este renovado interés por lo que podemos llamar la cuestión de los orígenes o los procesos de cambio, son diversas: desde la mejora de nuestro registro arqueológico, con más y más precisas excavaciones de yacimientos que aportan una nueva documentación; la reconsideración de las sociedades prehistóricas desde perspectivas más sustantivistas y menos dispuestas a aceptar como único mecanismo de cambio los movimientos y superposiciones de grupos humanos, o el binomio invención-difusión; hasta la irrupción de las dataciones absolutas que han aportado argumentos de tipo desconocido para la investigación precedente.

Es, pues, en este amplio contexto donde hemos de inscribir el avance que las hipótesis acerca de una posible neolitización autónoma de la Península han experimentado en la reciente bibliografía. Y, por consiguiente, en tanto podemos ver en ellas un intento de la investigación por abrir nuevas perspectivas, habremos de esforzarnos para distinguir en cada caso entre la contingencia de los datos utilizados y el valor de predicción atribuible a los nuevos planteamientos. Distinción necesaria, además, por cuanto no se trata de un fenómeno exclusivo de la

bibliografía española que, en este punto, ha venido a seguir con retraso las orientaciones de la literatura anglosajona y francesa en lo referente a las cuestiones de modelo teórico y a la valoración de las dataciones absolutas, aspectos decisivos en las nuevas hipótesis propuestas. No queremos ocultar, con todo, que en la discusión del horizonte inicial de la neolitización peninsular algunas bases documentales aportadas parecen corresponder más a anomalías del registro que a firmes evidencias; del mismo modo que las escasas consideraciones expuestas como justificación apenas se limitan a reclamar la lógica de un proceso de cambio a partir de la plena integración de los grupos humanos en su medio ambiente, tendiendo a hacer un caso singular de cada yacimiento, en un poligenismo de difícil aceptación.

Como luego veremos, los argumentos cuantitativa y cualitativa más importantes en los nuevos enfoques han sido las dataciones absolutas, que por sí mismas han hecho cambiar en ocasiones la atribución de los conjuntos materiales, olvidando que el método estratigráfico sigue siendo la base de la periodización en la Prehistoria y que, en palabras de Guilaine (1980), es la cronología relativa la mejor guía y salvaguarda de la propia cronología absoluta.

Algo semejante sucede con la simplicidad atribuida a conceptos como los de difusión, aculturación y convergencia, frecuentemente acompañados de juicios de valor negativos, aunque poco explicitados. No es buen camino reducir un concepto a su esquematismo más grotesco para oponerlo así a la singularidad de cada yacimiento. Porque no debe olvidarse que si bien cada yacimiento es expresión de la actividad de una formación social en un tiempo y un espacio concretos, ello no puede oponerse a su integración en marcos de explicación regionales

dentro de procesos de larga duración, como son los que ocupan al prehistoriador. Afirmar la evolución y creciente adaptación de un grupo humano no es contradictorio con su participación activa o pasiva en procesos que le sobrepasan.

Esto último evoca el problema de la aplicación de los modelos teóricos a la investigación, porque de su necesidad no se deriva que sean los modelos quienes determinan la bondad de las interpretaciones que, a su través, se hagan de los datos arqueológicos. Será la mutua relación entre los datos y las opciones teóricas la que determinará la elección de un modelo concreto. Y nunca la bondad teórica de nuestros planteamientos puede pasar por encima de aquellos datos que se le oponen radicalmente. De esta confusión y olvido son ejemplos algunos aspectos de la investigación pasada y presente, mereciendo recordarse las palabras de Pericot (1971) cuando, rememorando la hegemonía del Capsiense y, en general, del continente africano, verdadero artículo de fe para los prehistoriadores de la primera mitad de siglo, expresaba su asombro por la fuerza de unas ideas que pudieron prevalecer sobre las propias evidencias de los datos, lo que es una llamada constante a la prudencia.

Las ideas, a las que se refería Pericot, la cronología y los demás elementos que intervienen en la explicación de la neolitización peninsular, han experimentado notables variaciones a lo largo de más de un siglo de trabajos. Aunque tal vez el hecho de que los planteamientos que subyacen a la visión actual puedan remontarse directamente a los años sesenta, fruto de la síntesis sobre el Mediterráneo occidental realizada por Bernabo (1956); y, sobre todo, el que siempre se haya insistido en la ruptura entre el Epipaleolítico y el Neolítico, pudiera producir la sensación de que tal variación ha sido escasa, y poco atendida la complejidad del proceso de neolitización.

Tanto en las etapas iniciales, cuando la mayor importancia recaía en las nuevas tecnologías de la piedra pulida y la cerámica, como después, al desplazarse el concepto de Neolítico hacia criterios fundamentalmente económicos, la falta de antecedentes en uno y otro caso hizo que se recurriera a los estímulos externos o a los movimientos de grupos humanos para explicar los orígenes del Neolítico peninsular. Y fueron pocas las matizaciones realizadas a este paradigma dominante que, además, parecía no necesitar para su afirmación de

un cotejo minucioso con los materiales que le deberían servir de apoyo: cambió la procedencia de las gentes o los estímulos, desde el Mediterráneo oriental al norte de África, para volver de nuevo al Mediterráneo, sin que ello fuera acompañado de grandes novedades en el registro arqueológico. Vista así la historia de la investigación, parecían razonables las dudas sobre los resultados alcanzados, empezando por aquella carencia de antecedentes; a la vez que las nuevas concepciones sobre la evolución y los procesos de cambio de las sociedades prehistóricas nos obligaban a discutir un modelo de neolitización marcado por un difusionismo simple y omnímodo.

Naturalmente la historia de la investigación admite lecturas más complejas, pero, en todo caso, lo cierto es que esta discusión se ha llevado a cabo durante la última década en el doble plano de las alternativas teóricas, donde hay que incluir no sólo la posibilidad de un desarrollo autónomo sino también la complejidad de otros procesos históricos; y en la más precisa confrontación de los diferentes modelos con un registro arqueológico que ha acelerado su crecimiento notablemente. Sobre el resultado de todo ello habremos de volver más adelante.

2. LA HISTORIOGRAFÍA DEL NEOLÍTICO PENINSULAR

Nuestra investigación prehistórica se inscribe dentro de los planteamientos generales europeos desde mediados del siglo XIX. Vilanova i Piera recogía en 1872 el «estado de la ciencia prehistórica en Europa», dando noticia de los más relevantes descubrimientos peninsulares entonces conocidos y, por lo que se refiere al Neolítico, tomando esta denominación y concepto propuestos pocos años antes por Lubbock. Sin embargo, lo que podemos considerar como primera síntesis sobre materiales y yacimientos será obra de Siret, a partir de sus trabajos en el sureste. Las ideas acerca de un dualismo indígena-colonizador para el Neolítico aparecen ya claramente expresadas por él (SIRET, 1892; 1893; 1907; 1913 y 1931), como también la magnificación de su significado: verdadero inicio de la civilización, con la introducción de la agricultura, la generalización de los poblados, el utillaje de piedra pulida o nuevas ideas religiosas, entre otros aspectos. Las razones evocadas por Siret para este dualismo serán familiares en adelante: son muchas, simultáneas y

con un notable grado de perfección las novedades que ofrecen los yacimientos neolíticos. Y puesto que no hay constancia de la existencia de antecedentes, bien se trate de la piedra pulida, de los cereales o de cualquiera otro de los aspectos considerados, nada permite suponer que se trate de un progresivo desarrollo de la cultura indígena. Estamos, pues, ante una nueva corriente, que no va a suprimir ni los hombres, ni los usos anteriores, sino que ambos convivirán y se fusionarán (SIRET, 1913). Tomando el ejemplo del Garcel, se producirá, sobre un medio de cazadores paleolíticos a cuya tradición correspondería la industria lítica tardenoisiense, la introducción de un pueblo agricultor que aporta la piedra pulida y las restantes novedades, venido de oriente.

En los estudios de Siret se advierte la gran influencia que tuvieron los hallazgos realizados durante la segunda mitad del siglo XIX en el Mediterráneo oriental. Pero esta línea de relación se interrumpiría pronto ya que, como expresaban Pericot y Tarradell (1962), si bien «en los albores de las culturas pre-clásicas de Europa se tendió a buscar siempre orígenes orientales, a fines de siglo el miedo de caer en lo que Reinach llamó *le mirage oriental* impuso lo que ahora podríamos denominar el espejismo africano». Y así, desde principios del siglo XX, a medida que nuevos descubrimientos permiten adivinar la importancia del poblamiento prehistórico en el continente africano, toma cuerpo la teoría que establece una estrecha relación de dependencia entre Europa y Africa, a través de lo que se suponían los caminos naturales de expansión: de un lado, la península Ibérica y, de otro, Sicilia y la península Italiana. Esta tendencia, principalmente a través de la obra de Obermaier (1916), será incorporada por los prehistoriadores españoles al conjunto de sus propias hipótesis, refiriéndose inicialmente a relaciones pre-neolíticas que, a partir de los trabajos de Bosch Gimpera verán perdurar su vigencia.

A partir de 1920 Bosch elabora su sistematización, estableciendo cuatro grupos culturales para el Neolítico peninsular: la Cultura Central o de las Cuevas, la Cultura de Almería, la Cultura Megalítica Portuguesa y la Cultura Pirenaica (BOSCH, 1920 y 1923; BOSCH y PERICOT, 1925); sistematización que perfecciona en su *Etnología de la Península Ibérica* (BOSCH, 1932), y que es origen de denominaciones todavía vigentes.

La relación con Africa aparece ahora como un hecho indudable, corroborado tanto por las semejanzas tipológicas de los materiales, como por los estudios de los propios restos antropológicos. Casi de modo regular, de cada nueva aportación cultural en sentido arqueológico se deduce un nuevo aporte humano como elemento transmisor. No en vano Bosch titula su obra *etnología*, como diez años después Martínez Santa Olalla presentará su *esquema paleontológico*.

Bosch considera el Neolítico del occidente de Europa dividido en dos etapas, el Protoneolítico, al que correspondería el Asturiense, y el Neolítico avanzado o final. Todo ello en estrecha correspondencia con lo observado en el norte de Africa, especialmente la división entre un Neolítico de las cuevas y otro Sahariano (PALLARY, 1907). La explicación de las transformaciones que sufrirán los pueblos capsenses con el Neolítico habría que buscarla en los cambios medicoambientales del Postglacial, responsables de la desecación de Africa y de un clima más cálido en Europa, lo que reduciría las posibilidades de la caza, obligándoles a transformar su modo de vida para no extinguirse. Modo de vida que descansará fundamentalmente sobre la ganadería, desarrollándose paulatinamente la agricultura.

Bosch agrupaba en la Cultura Central o de las Cuevas aquellos yacimientos cuya característica general era el hábitat en cueva y la cerámica decorada, correspondiendo la decoración en relieve a la mitad septentrional de la Península, en tanto las incisiones serían más propias de Andalucía y Extremadura, situándose en relación con ellas el inicio del vaso campaniforme. En este contexto se produciría la aparición de los primeros conjuntos significativos de cerámicas cardiales en las cuevas de Monserrat (COLOMINAS 1925) y de la Sarsa (BALLESTER, 1928; PONSELL, 1929), pero dado que Bosch considera que la cerámica progresa hacia tipos de mayor perfección técnica, desarrollándose tal vez a partir de prototipos fabricados sobre madera o imitando los huevos de avestruz en el continente africano, había de suponerse una cronología avanzada para estas nuevas cerámicas cardiales.

El papel de Africa sería levemente matizado por Pericot (1934) quien, manteniendo las líneas generales de la sistematización anterior, expresará las dificultades de un modelo que asocia un pueblo a cada círculo cultural, generalmente de ascendencia

capsiense. Aunque sin cuestionar el papel decisivo de Africa en la transmisión del Neolítico desde Oriente, ni la importancia del substrato capsense, le resulta inevitable preguntarse si realmente se trató de movimientos de pueblos o sólo de influencias culturales.

El avance en el conocimiento de la cultura material queda reflejado en la creación, dentro del grupo meridional del Círculo de las Cuevas y haciéndose eco de las opiniones de Gómez Moreno (1933), de un Círculo de la cerámica eneolítica con decoración cardial y pintada.

En la década de 1940 se producirían importantes modificaciones que tendrán su punto de partida en la simplificación de Martínez Santa Olalla (1941): se distingue ahora entre el Mesolítico o Neolítico antiguo y el Neolítico reciente al que pertenecerían las culturas Hispanomauritana e Iberosahariana. Martínez Santa Olalla hablaría del hundimiento del «mito africano» y de la «pura invención» del Capsense, aunque paralelamente se seguía afirmando la estrecha relación con Africa durante el Neolítico en términos de indudable influencia étnica e industrial.

La progresión paulatina de la investigación conducirá a una mejor descripción de la realidad interna y de las fases iniciales del Neolítico. Dentro del nuevo esquema destacarían los trabajos de San Valero, quien ya en 1942 valorará la cerámica cardial como elemento característico del Neolítico Hispanomauritano, alejándola del vaso campaniforme de acuerdo con la estratigrafía de l'Esquerda de les Roques (GRIVE, 1936). San Valero sería el principal defensor de la mayor antigüedad de las decoraciones cardiales, a las que convertiría en testimonio de importantes procesos de difusión desde el centro de Africa a Escandinavia (SAN VALERO, 1946 y 1951). Mientras Pericot, en base a los resultados obtenidos en la Cueva de la Cocina, se inclinaba por mantener la posibilidad de que las primeras cerámicas peninsulares fueran «de formas sencillas y decoración rayada, con tipos de surcos diversos y de relieves incisos» (PERICOT, 1945). Expresándose en términos semejantes en 1949: «¿Hubo una etapa protoneolítica en Levante con cerámica lisa o rayada, anterior a la llegada de la cultura hispanomauritánica con cerámica ricamente decorada?».

El estudio de la Covacha de Llatas sería el primer intento de síntesis entre los dos planteamientos anteriores y el inicio de la discusión sobre la exacta

caracterización del Neolítico inicial. Jordá y Alcácer (1949) proponen distinguir un Neolítico inicial de montaña y un posterior Neolítico de llanura. El Neolítico inicial tendría dos facies: una, representada por la Cova de la Sarsa, «en las montañas cercanas a la costa, con cerámica cardial, con instrumentos de hueso y escasez de sílex geométricos, que podemos considerar como el momento de iniciación del Neolítico en nuestras tierras»; y otra, representada por Cocina y Llatas, «más estrechamente vinculada a un medio mesolítico, originada en el área montañosa que comprende el reborde oriental de la Meseta, sin cerámica cardial, hachas y azuelas. Ligeramente más tardía que la anterior».

Aunque coincidiendo en la prioridad cronológica de la facies cardial, San Valero convertiría a Cocina y Llatas en representantes de un Neolítico marginal con respecto a Sarsa, conjunto típico del Neolítico Hispanomauritano. Avanzando posteriormente en la misma línea de relación genética con Africa, a través de la llegada de gentes «cuya agricultura itinerante les viene empujando hacia el oeste desde el Creciente Fértil» (SAN VALERO, 1954). Estas gentes penetrarían en la Península en una doble corriente, origen de su Neolítico I A y B, explicándose así la ausencia de cerámica cardial en la mitad meridional peninsular y su abundancia en el suroeste y levante.

Pero la fuerza explicativa de las relaciones africanas empezaba a ceder su lugar a la discusión de las asociaciones entre los diferentes tipos cerámicos y los sílex trapezoidales. Fletcher (1953 y 1956) propondría un sincronismo general para las distintas facetas del Neolítico inicial, en tanto Jordá (1953), aduciendo también los resultados de Mallaetes, se inclinaba de nuevo por la prioridad de las cerámicas cardiales. Por lo que se refiere al papel de Africa, el Congreso Arqueológico del Marruecos Español, celebrado en Tetuán en 1953, mostraría las nuevas posturas, conducentes a la inversión de las influencias, de acuerdo con los resultados obtenidos en el propio continente africano (BALOUT, 1955).

La consideración de los inicios del Neolítico en el conjunto del Mediterráneo occidental, debida fundamentalmente a los trabajos de Bernabó, conduciría a una nueva formulación de las conexiones orientales, que pasaban a ser hegemónicas en la explicación del proceso. Si cuando en 1946, Bernabó publicaba sus estudios sobre Arene Candide, San Valero (1947) pudo comentarlos en el sentido

de que ellos firmaban sus propias hipótesis, poco después, el propio San Valero (1950, p. 74-76) se hacía eco inmediato de los nuevos planteamientos decididamente orientalistas (BERNABÓ, 1950) que abrirían camino a la investigación española, reforzando lo que muchas veces fueron atisbos, pero eliminando algunos de los caminos de llegada reiteradamente plasmados en los mapas de la difusión neolítica.

Para Bernabó (1956), el origen del Neolítico del Mediterráneo occidental debía buscarse en el Próximo Oriente, donde se encuentran los tipos cerámicos que lo caracterizan. No parece verosímil una propagación terrestre desde la zona sirio-anatólica al norte de Africa porque falta esta cultura con cerámica impresa en Egipto. Por ello, el Neolítico norteafricano sólo puede relacionarse con el sirio-anatólico a través de una difusión marítima mediterránea y si ello fuera, no habría ninguna razón para que no hubiera llegado en el mismo tiempo a la costa italiana meridional, a Sicilia, Liguria, Provenza o España. La cerámica impresa, que caracteriza el primer nivel neolítico de Arene Candide, se encuentra en toda la cuenca mediterránea occidental correspondiendo siempre, en los yacimientos de estratigrafía conocida, al nivel neolítico más profundo.

El estudio de Bernabó marcará la dirección seguida en adelante por la investigación. Tarradell (1962), cuyos trabajos en Marruecos le habían puesto en contacto con los problemas que nos ocupan, incorporaría los nuevos planteamientos a la Península, proponiendo la denominación de Cultura de las cuevas con cerámica decorada, de acuerdo con la terminología de Bosch (1952). Panorama sobre el que vendrían a incidir nuevas excavaciones de gran importancia, como las de la Cova de l'Or (FLETCHER, 1962 y 1963), las de la Cueva de Nerja y Carigüela de Piñar (PELLICER, 1963 y 1964), o las noticias sobre poblados de llanura con cerámica cardial (SOLER 1961).

Así mismo, las relaciones con el Mediterráneo oriental serían objeto de atención por Fletcher (1963) y, especialmente, por Pellicer (1964), para quien estas relaciones seguirían una clara trayectoria de oriente a occidente manifestada en el hecho de que la cerámica impresa presenta una unidad tipológica fundamental a pesar de las especializaciones locales del Mediterráneo. Hipótesis que sería reforzada por argumentos de nuevo tipo a través del

análisis de los cereales de la Cova de l'Or, cuyos resultados, a juicio de Hopf (1966), podrían indicar relaciones directas del Mediterráneo oriental con la costa mediterránea peninsular en el Neolítico antiguo. Siendo, por otra parte, la datación de estos mismos cereales (SCHUBART y PASCUAL, 1966), uno de los principales argumentos utilizados desde entonces para situar los inicios del Neolítico en la primera mitad del V milenio a. de C.

Las consideraciones sobre el modo de vida neolítico, definido por la práctica agrícola y ganadera, acrecentarán su importancia paralelamente al desarrollo de los estudios sobre los restos de fauna y cereales. Sobre estas cuestiones de concepto y metodología incidiría Muñoz (1970), así como sobre los problemas del Neolítico andaluz de cerámica a la almagra y decoraciones incisas. En ambos sentidos sería notable la aportación de la Cueva de los Murciélagos de Zuberos (VICENT y MUÑOZ, 1973), y la posterior síntesis del Neolítico peninsular, desde los datos paleoeconómicos y la cronología absoluta, a los problemas de su origen y difusión marítima mediterránea (MUÑOZ, 1975). En lo relativo al Neolítico andaluz, Muñoz propondría una dualidad de tradiciones culturales que pudieron ser sincrónicas y no sucesivas, representada la primera por Carigüela y la segunda por las cuevas malagueñas y cordobesas.

Si el progreso en el conocimiento de los inicios del Neolítico, representados por las cerámicas cardiales, puede estimarse como continuo desde la general aceptación de los postulados de Bernabó sobre el Mediterráneo occidental, la relación del Neolítico con el substrato epipaleolítico no sería abordada hasta los trabajos de Fortea (1971 y 1973), manteniéndose los interrogantes que abrieran las palabras de Pericot a propósito de Cocina. De su estudio sobre el Epipaleolítico mediterráneo español, Fortea (1973) deduce la existencia de tres situaciones distintas frente al Neolítico o en los inicios del Neolítico. De una parte, el Neolítico puro, representado por Or, exponente de una nueva cultura en cuya formación hay que apelar al concurso de influencias mediterráneas; de otra, la progresiva neolitización del Epipaleolítico geométrico, representada por Cocina, proceso que se iniciaría paralelamente a la constitución del Neolítico puro, del que provendrían ahora los principales estímulos; y, por último, el caso del Epipaleolítico microlaminar de Mallaetes que no llegaría propiamente a neolitizarse

aunque sus momentos finales coincidirían con el comienzo del Neolítico puro.

Con todo ello parecía próximo el final de una etapa de la investigación sobre la neolitización peninsular que, apoyándose en un registro arqueológico en notable crecimiento, debería dar paso a la discusión de modelos concretos, capaces de articular las innegables influencias mediterráneas con el propio substrato peninsular. Influencia, estímulo, difusión, aculturación, convergencia, evolución..., eran conceptos que a partir de entonces deberían ser cotejados minuciosamente con los datos.

Los últimos diez años han visto, ciertamente, un acrecentamiento de la documentación sobre los inicios del Neolítico con amplias aportaciones regionales, en primer lugar de Andalucía (NAVARRETE, 1976), Cataluña (CAMPS et alii eds., 1981), Sarsa (ASQUERINO, 1978), Cendres (LOBREGAT et alii, 1982); y un buen número de estudios y valoraciones generales de los problemas (GUILLAINÉ, 1976 y 1980; MARTÍ, 1978; BERNABEU, 1982; JUAN, 1984). Así mismo, se han realizado notables avances en relación con la neolitización del Epipaleolítico geométrico, especialmente en los yacimientos bajoaragoneses de Botiquería y Costalena (BARANDIARÁN, 1978; BARANDIARÁN y CAVA, 1981), con importantes indicios para la generalización del proceso a otras áreas más meridionales, caso de Nacimiento (RODRÍGUEZ, 1982; ASQUERINO y LÓPEZ, 1981) y Valdecuevas (SARRIÓN, 1980). A lo que cabría añadir la documentación de este mismo proceso en áreas no directamente implicadas en el horizonte más inicial de la neolitización peninsular, como Zatoya (BARANDIARÁN, 1977) y en el amplio conjunto de yacimientos del País Vasco (APELLANIZ, 1973, 1974 y 1975). Además de una importante bibliografía portuguesa que se incorpora a esta misma problemática a partir de la revisión de las evidencias del Neolítico antiguo realizada por Guilaine y Veiga (1970).

Pero hay otra parte considerable de los trabajos recientes sobre el Neolítico peninsular que se sitúa fuera del modelo desarrollado a partir de los años sesenta y que tiende, por el contrario, a replantear la precisa caracterización de nuestras más antiguas culturas neolíticas, lo que implica una distinta orientación a la hora de abordar la cuestión de los orígenes. Y aunque ello no sea razón necesaria, sin duda ha sido suficiente para producir una desaceleración en la conclusión de aquella etapa de la investigación a la que antes nos referíamos.

Esta disparidad en los planteamientos quedó ampliamente reflejada en los coloquios sobre *Le Néolithique ancien méditerranéen* y sobre *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale*, celebrados en 1981 y 1983, respectivamente; y ha sido sintetizada recientemente por Muñoz (1984). De su detenido examen nos ocuparemos en las páginas siguientes.

3. LOS NUEVOS PLANTEAMIENTOS: ALTERNATIVAS AL NEOLÍTICO DE LAS CERÁMICAS IMPRESAS

3.1. *Neolítico precerámico*

La constatación de la inexistencia de un hiatus entre el final del Paleolítico y el Neolítico, así como el abandono de la visión del Epipaleolítico o Mesolítico como una época de crisis, proporcionaron la base necesaria para interrogarse sobre el proceso de neolitización desde la perspectiva del substrato humano anterior. La viabilidad e interés de la discusión teórica en relación con la neolitización peninsular sería señalada por Fortea (1971 y 1973), aunque reconociendo que eran muy escasos los vestigios que pudieran apoyar una alternativa al modelo representado por el binomio Neolítico puro-neolitización del Epipaleolítico geométrico, modelo que se inscribiría dentro del marco mediterráneo occidental y en el que la información entonces disponible parecía conceder mayor protagonismo a las zonas septentrionales.

Las referencias más o menos implícitas a estas cuestiones pueden retrotraerse muy lejos en la bibliografía ya que, como veremos al ocuparnos del Protoneolítico, ha sido larga la discusión de la caracterización de la facies neolítica inicial. Con la denominación concreta de Neolítico precerámico, aunque sin precisar su alcance, podemos anotar la opinión de Ripoll (1961) sobre un posible estrato neolítico precerámico en Ambrosio; las consideraciones del Maluquer (1965) en torno a un Neolítico inicial indígena acerámico; las referencias de Pellicer (1967) a los niveles precerámicos de Almizaraque, tal vez coetáneos de las cerámicas impresas; o al Neolítico inferior local sin cerámica de la Font Major (VILASECA, 1969). Fortea (1973) prestaría atención especial a los indicios aportados por la estratigrafía de la Balma de l'Espuga, que luego no sería publicada *in extenso*, mostrando la reserva de

que su mejor valoración dependería de su concreta posición cronológica con relación al cardial del yacimiento y de Cataluña en general. Y, para áreas más alejadas del litoral mediterráneo, podemos añadir las consideraciones de Apellaniz y Altuna (1975) a propósito de Arenaza I, donde se documenta el pulimento de la piedra en niveles precerámicos o acerámicos.

Los avances de la investigación, tendentes a mostrar la complejidad de la neolitización en áreas como el Próximo Oriente, subyacían a parte de estas opiniones, como se desprende de las palabras de Llobregat (1966), para quien «dada la extensión que comienza a presentar el fenómeno precerámico, no está lejano el día que podamos verlo representado en la Península. Sospecho que un análisis cuidadoso de gran parte del Mesolítico de la costa oriental y meridional peninsular podría conducirnos a resultados positivos en tal sentido».

No fue este, sin embargo, el resultado producido por la revisión del Epipaleolítico mediterráneo, por lo que no puede separarse el interés de tales vestigios de la evidencia de su fragilidad. No hay razones, pues, para extender estas peculiaridades del registro a zonas amplias, como ha sugerido Olaria (1977 a), para quien «el proceso de neolitización en Andalucía oriental probablemente sería iniciado en la base de grupos epipaleolíticos de larga pervivencia, que en su etapa final quizá ya habrían llegado a un tipo de neolitización acerámica a fines del VII y durante el VI milenio, y que a principios del V milenio ya podemos identificarlos como plenamente neolíticos, con unos tipos cerámicos propios con ciertas influencias exteriores de poca importancia».

En el mismo sentido, pero con argumentos concretos, la bibliografía volvió a referirse a la Balma de l'Espluga. La interpretación que Fernández Miranda realizó de la estratigrafía encontrada en las antiguas excavaciones parecía indicarle la sucesión: Epipaleolítico, —nivel VI, sin cerámica y con una azuela pulimentada, — nivel V, con cerámica exclusivamente lisa, — niveles impresos cardiales superpuestos al anterior. Dado el carácter agrícola de la azuela, la Balma de l'Espluga no sólo demostraría la existencia de un Neolítico antiguo de cerámicas lisas anterior al cardial, sino incluso la de un «neolítico precerámico, en el sentido habitual del término» (FERNÁNDEZ MIRANDA, 1977, p. 4).

Pero esta hipótesis se basa en una errónea interpretación de los datos estratigráficos fijados en aquellas excavaciones (BATISTA, 1961). Fue en la zona A, nivel III, donde apareció la azuela, mientras que las cerámicas lisas se hallaron en la zona D, nivel V, desconectada de la anterior, y sin posibilidad de correlación estratigráfica, por una gran placa estalacmítica. Sobre ambos niveles sí aparecieron otros con cerámicas cardiales. No hay que insistir en que la no existencia de la sucesión azuela-lisa-cardial quita gran parte de su valor a la argumentación precerámica, careciendo además de datos colaterales que permitieran una fiable correlación estratigráfica entre zonas.

Por otra parte, la presencia de una azuela en el nivel III del Sondeo A podría recordar la obtención por frotamiento de filos en doble bisel en rocas cristalinas, con formas de «azuela» o subcirculares que se atestiguan en las capas 5.^a y 4.^a de Filador (niveles de Vilaseca), dentro de un contexto sauterroide, e incluso en la capa 2.^a, cuando se ha producido el profundo cambio tipológico que caracteriza a los niveles finales del yacimiento, niveles para los que entonces no se excluyó algún tipo de contacto con el Neolítico catalán (FORTEA, 1973) y que hoy sabemos poseían cerámica (CEBRIA et alii, 1981). Siendo en este contexto en el que han de valorarse los paralelismos tipológicos establecidos por Llongueras (1981 b) entre la industria lítica de los niveles 1 y 2 de Filador y los no cerámicos de la Balma de l'Espluga, así como su dilema de si éstos representaban un Epipaleolítico final o un momento ya neolítico, pero precerámico. Las actuales excavaciones de Fullola en Filador aportarán, sin duda, nuevos y más precisos elementos de juicio, una vez que se confirme o no aquel paralelismo entre los mencionados niveles de Balma y Filador y pueda establecerse la cronología de los últimos, que, no obstante, ya sabemos que es cerámica.

Pero, en cualquier caso, resulta difícil hablar de precerámico *sensu stricto* sin ninguna referencia a un contexto económico, porque hasta el momento, el yacimiento no ha ofrecido ningún dato en esa línea; y todo queda reducido a la valoración de la azuela, cuya tipología es paralelizable con los ejemplares habituales de los contextos neolíticos. La presencia de industria de piedra pulida en el nivel I del mismo sondeo, el contacto directo que en algunas partes se observa entre los niveles I y III (LLONGUERAS, 1981, fig. 1), y los nuevos resultados obte-

nidos en las recientes excavaciones de Llongueras y Guilaine, como luego veremos, parecen alejar al yacimiento de esta problemática «pre-cerámica».

3.2. *Protoneolítico y horizonte neolítico inicial de cerámicas sin decoración*

En algunas ocasiones se ha hecho arrancar la idea de un Protoneolítico de las consideraciones de Pericot a propósito de Cocina (PERICOT, 1945), donde se defendería la existencia de tipos cerámicos anteriores al cardial. Ello le llevaría a preguntarse: «¿Hubo una etapa protoneolítica en Levante, con cerámica lisa o rayada, anterior a la llegada de la cultura hispanomauritánica con cerámica ricamente decorada?», que significaría «la entrada de los primeros elementos de la nueva civilización» (PERICOT, 1949).

Uno de los problemas residía en la posición cronológica de aquella etapa protoneolítica con relación al mundo cerámico ricamente decorado. Pericot se expresó con cautela, porque no era imposible que en otras comarcas más cercanas a los focos originarios africanos fueran las cardiales las primeras cerámicas (PERICOT, 1945). Posteriormente diría que «aún inclinándonos por nuestra hipótesis, no nos atreveríamos a asegurar con demasiada confianza que la cerámica cardial es la segunda especie cerámica y no la primera entre las llegadas a la Península. Su misma riqueza parece presuponer un tipo más sencillo anterior, pero este argumento tiene poco valor tratándose de una zona provincial a la que la nueva técnica llega formada desde lejos» (PERICOT, 1949).

Habría que ser cuidadosos en la exégesis de estos textos por dos razones. En primer lugar, porque en ambos Pericot se refiere propiamente a la discusión de cuál es la facies cerámica inicial en una zona concreta, y no tanto al modelo de neolitización, lo que no ha sido bien comprendido en alguna bibliografía posterior. En segundo lugar, porque a esos textos se refieren expresamente los recientes intentos de fijar un horizonte liso antecardial como primera etapa del Neolítico mediterráneo peninsular.

En aquella misma publicación de 1949, que prologaba Pericot, Jordá y Alcácer indicaban que ambos mundos, el cardial y el no cardial eran simplemente dos facetas de un mismo Neolítico inicial y se inclinaban a que la no cardial fuera ligera-

mente posterior, lo que, a nuestro juicio, se concilia mejor con los actuales resultados.

En efecto, una serie de constataciones aportadas por la investigación posterior privaría al Protoneolítico de su única base: cerámicas impresas de estilo cardial sí habían aparecido en el nivel superior de Cocina (excavaciones PERICOT); éstas y otras técnicamente cardiales, continuaban encontrándose en el primer horizonte cerámico del yacimiento (excavaciones FORTEA); y otros yacimientos de larga y asimilable secuencia epipaleolítica como Botiquería dels Moros y Costalena (BARANDIARÁN, 1978; BARANDIARÁN y CAVA, 1981 y 1985) también ofrecían cerámicas cardiales.

Por ello, Aparicio, que inicialmente seguía estrechamente al Protoneolítico de Pericot, ha concluido en términos de una ambigua reconstrucción teórica, ante la consideración de que el Neolítico antiguo de Or aparece plenamente desarrollado desde su inicio, y ello exigiría una etapa previa de ensayo. Con lo cual, pese a su referencia a Pericot, da al Protoneolítico un contenido de etapa dentro de un modelo evolutivo de neolitización muy diferente al que Pericot expusiera, según ya vimos. Por otro lado, desde el marco meramente teórico y evolutivo puede suponerse tal etapa de ensayo, pero en la línea de análisis que ahora seguimos los problemas no son teórico-evolutivos, sino históricos y de verificación en el registro arqueológico.

Olvidando que Pericot no sólo hablaba de cerámicas lisas, sino también de rayadas, los diecinueve fragmentos lisos del estrato IV de Verdelpino, dados por una muestra de hueso en el 6.000 ± 150 B.C. se han constituido en los adalides de un horizonte cerámico liso anterior al impreso cardial (FERNÁNDEZ MIRANDA y MOURE, 1975; MOURE y FERNÁNDEZ MIRANDA, 1977 y 1978). Pero un estudio atento de la información publicada plantea muchos interrogantes sobre la cronología, el material arqueológico y el depósito estratigráfico de Verdelpino.

La sorprendente antigüedad de la fecha, que pondría en paralelo estrecho al abrigo del interior de la serranía de Cuenca con los yacimientos clásicos de la zona mediterránea, llevó a los autores a justificarla por correlación con las igualmente altas de otros sitios del occidente mediterráneo: Ile Riou, Châteauneuf, Camprafaud, Curacchiagiu, Basi, etc. La confrontación de todas ellas con las entonces conocidas para el cardial ibérico, más de un milenio menos antiguo, permitía poner en tela de juicio la

tesis generalmente aceptada de que la primera neolitización estuviera forzosamente ligada a la cerámica cardial, existiendo una prioridad de la lisa sobre la cardial (MOURE y FERNÁNDEZ MIRANDA, 1977 y 1978). Ahora bien, la mayor parte de aquellas altas fechas se referían a *niveles cardiales* que, curiosamente, venían a apoyar la paralela antigüedad de los no cardiales. Contradicción, producto del uso indiscriminado del método comparado, que podría solucionarse suponiendo «...un retraso superior al milenio para la aparición en esas tierras de la cerámica cardial con respecto a los centros de producción franceses, lo que no parece lógico aceptar» (FERNÁNDEZ MIRANDA, 1977, p. 5). En consecuencia, hubiera sido más coherente con la argumentación desarrollada la referencia a una doble faceta para el Neolítico antiguo, que con ligeras modificaciones era una idea expuesta de antiguo (JORDÁ y ALCÁCER, 1949), en tanto no se conociera un mayor número de dataciones para ambos horizontes.

Pero una fecha C - 14 no es un valor incuestionable. A mediados de los setenta empezaron a conocerse nuevas dataciones que contradecían a algunas de las que habían situado al Neolítico antiguo en los comienzos del VI milenio B. C. (DELIBRIAS et alii, 1976), pues las nuevas daban resultados del orden de 800 a 1.000 años menos viejas para los mismos yacimientos y horizontes estratigráficos que se habían paralelizado con Verdelpino. Recientemente, una crítica interna basada en consideraciones no arqueológicas sino de la propia técnica y realizada por un especialista en datación isotópica, ha llevado a revisar en profundidad la cronología absoluta de los inicios del Neolítico en Languedoc y Rosellón que quedaría ahora situado entre 5.000 y 4.500 B. C. (EVIN, 1983).

No hay que insistir demasiado en que el C-14 es sólo una técnica de datación y no un elemento metodológico. Las dataciones que aporta son absolutas únicamente con referencia al principio físico en el que se basan, relativas con respecto a la muestra y todavía más relativas con relación al horizonte cultural que datan. Quiere ello decir que si un horizonte dado tiene estratigráficamente bien construida su cronología relativa y sus diferentes unidades se integran coherentemente según una correcta estratigrafía cultural comparada, entonces cualquier discordancia de datación absoluta debe, en principio, ser comprobada directa o indirectamente. Además, si un horizonte cultural posee una

serie larga de dataciones, ésta ha de ser interpretada en términos estadísticos por razones inherentes a la propia técnica; esto es, deben considerarse como más probables aquéllas que convergen hacia su punto focal y como menos aquéllas que se sitúan en los límites superior e inferior del espectro.

Tampoco parece que 19 fragmentos de cerámica sin decorar, cuyas pastas y cocciones son indistinguibles de las del estrato III, sean estadísticamente suficientes ni para establecer un nuevo horizonte liso antecardial ni para garantizar satisfactoriamente que su carácter liso no fuera azaroso. Además, Verdelpino sería el único, porque ninguno de los otros yacimientos peninsulares puestos en correlación podrían integrarse en aquel horizonte sin distorsionar la información, como luego veremos. Pero es mucho más significativo que en la campaña de excavaciones de 1976, realizada para comprobar y eventualmente ampliar los resultados obtenidos en 1972, se volviera a aislar al estrato IV pero no apareciera ningún fragmento cerámico. Sin embargo la industria lítica del mismo resultó ser idéntica en ambas excavaciones (MOURE y FERNÁNDEZ MIRANDA, 1977).

Es inevitable que toda tipología inductiva tienda a adecuar dentro de sus pautas a todo material que clasifica. Por ello, puede ser cuestionable metodológicamente que una industria de niveles reputados como neolíticos haya sido clasificada de acuerdo con la lista tipo de Sonnevillle Bordes / Perrot. Quizá eso explique el fortísimo porcentaje que el n.º 92, diversos, adquiere en el nivel IV. Pero la opción se justifica por un lado por la inexistencia de listas tipo para el Neolítico —quizá difíciles por las razones que en su día expusiera Cauvin (1968)— pero, sobre todo, por las extrañas, en términos neolíticos, características que tiene la industria lítica de los niveles cerámicos de Verdelpino, en particular el IV. Y es posible que tal lista fuera la más idónea para ese estrato si se pudiera cuestionar su verdadera entidad neolítica.

La industria lítica de Verdelpino se ha separado en dos grandes conjuntos: el constituido por los niveles II y III y el formado por el IV según la masiva presencia o casi ausencia, respectivamente, de piezas calificadas como hoces. El nivel IV, con un efectivo suficiente de 167 útiles, ofrece un 38,7 % de buriles, 7,18 % de raspadores y 10,77 % de laminas con borde abatido, todos ellos con una tipología y estilo francamente extraño a cualquier horizonte

neolítico de nuestra área mediterránea. Pero esa tipología y estilo es idéntica a la del nivel V, cuyos porcentajes son también prácticamente coincidentes: 39,8 % de buriles, 9,7 % de raspadores y 8,2 % de laminillas. El nivel V ha sido datado en sus tramos a y b en 10.980 ± 470 y 12.050 ± 520 B.C. y clasificado como de estilo Magdaleniense.

La singularidad de la industria lítica del nivel IV—imposible de comparar con los sustratos microlaminar y geométrico del Epipaleolítico mediterráneo y la «punta pedunculada perigordense (Font Robert)» del nivel II—obligaba a una concepción aparte, de tipo gravetiense o epigravetiense, para explicar su tradición. En cualquier caso, la similitud lítica entre los niveles IV y V llevaba a plantear «...la posibilidad de la ausencia de evolución tecnológica en el espacio de tiempo transcurrido entre el horizonte magdaleniense y el de las cerámicas lisas» (MOURE y FERNÁNDEZ MIRANDA, 1977, p. 66), habiéndose producido un proceso semejante al de otras regiones, donde las primeras cerámicas se superponen a una industria de tradición local. Difícil hipótesis, todavía más porque no se les escapa a los A.A. que aquel proceso se ejemplifica sobre la tradición epipaleolítica local. Por aquel entonces ya se había visto que la tradición epipaleolítica existía en yacimientos tan relativamente próximos, en el mismo eje orográfico, como los de Albarracín, o que las primeras cerámicas no sólo aparecían en asociación con aquélla, sino que podía documentarse la sucesión estratigráfica epipaleolítico-neolitización sobre el sustrato anterior (Cocina, Llatas, yacimientos de Villena, etc.).

Pero lo importante es señalar que esa tradición epipaleolítica también se encuentra en Verdelpino, no en el nivel IV, sino en los III y II, expresada tipológica y técnicamente por algunos trapecios, triángulos, segmentos, microburiles y láminas con muesca o denticulación. Y no sólo aquélla, pues también tenemos un elemento tan típicamente «neolítico» como el taladro del nivel II (la punta perigordense) que aparece primero en el cardial antiguo y perdura, como tipo funcional, en El Garcel y dólmenes, por ejemplo. Geométricos y taladro ofrecen a nuestro juicio suficiente base para considerar que Verdelpino es otro de los yacimientos que se integran en el dispositivo de la neolitización desde la base epipaleolítica. Su relativamente baja cronología (Nivel III, 3.220 ± 130 y 3.170 ± 130 ; Nivel II, 2.680 ± 130 B.C.) no sería mayor obstáculo,

pues existen suficientes datos para suponer el lento avance de la neolitización hacia el interior, del mismo modo que en cronologías bajas aparecen técnicas y tipologías líticas epipaleolíticas sin que ello implique hablar de Epipaleolítico; además, hablamos aquí de neolitización y no de Neolítico antiguo, medio o final.

Así pues, la interpretación dada a Verdelpino parece extraña: el Magdaleniense se habría perpetuado sin evolución tecnológica hasta el 6.000 B.C. para explicar lo singular de la industria lítica del nivel IV, ya que no a su cerámica. Tres mil años después se habría incorporado al dispositivo de la neolitización, porque ofrece elementos propios de cómo ésta se nos presenta en el Macizo Ibérico, pero otros tantos años antes habría descubierto una tecnología cerámica sin porvenir.

¿Es el nivel IV Magdaleniense o, mejor, aparece por alguna razón relacionado con el V y el III? Guilaine afirma que el estrato IV es con toda verosimilitud el producto de una mezcla (GUILAINE, 1980). A nosotros nos interesa más indicar que no se ha prestado suficiente atención a la morfología del concreto entorno en que se sitúa el yacimiento y a las posibles implicaciones de ésta sobre el depósito del abrigo.

El curso del arroyo Valdecabras discurre fuertemente encajado en un estrecho cañón aguas arriba de los aledaños de Verdelpino. Pocos metros antes del abrigo, el cañón se abre moderadamente y el arroyo cambia su rumbo de bajada, aproximadamente N.-S., por otro hacia el E. Verdelpino se abre en la pared derecha, hacia el final de la zona de giro del arroyo y se orienta frente al ensanchamiento del cañón; por tanto, dentro de la zona más susceptible de verse afectada por la erosión de un curso de agua. Además, la distancia entre abrigo y arroyo es muy pequeña, como también lo es la diferencia de altura entre el lecho actual del segundo y el techo sedimentario de Verdelpino. Quizá esto pueda explicar los fuertes desniveles y sinuosidades que se citan en la primera monografía, las intrusiones dentro de los niveles arqueológicos de lentejones de tierras claras estériles, cuyo origen fluvial se cita en la segunda monografía. Todo esto no ha quedado suficientemente estudiado en Verdelpino: no se explica la versión sedimentaria del hiato cultural entre el Magdaleniense y el nivel IV, pues no sabemos si el estrato intermediario falta o no, si existe o no una cicatriz sedimentaria que abogaría

por la erosión fluvial; tampoco se trata de la posibilidad de un tramo sedimentario removilizado, que podría de algún modo considerarse ante la extraña asociación entre lo lítico y lo cerámico del nivel IV y quizá nos permitiera ver en 6.000 B.C. una media. Pero lo que sí nos parece altamente probable es que el arroyo Valdecabras tuvo que erosionar al talud del depósito arqueológico e incluso en mayor o menor medida a todo el abrigo, aflorando materiales de diversa época que pudieron quedar «asociados» o pudieron ser reutilizados. Son problemas que únicamente podrán resolverse con un estudio sedimentológico riguroso o, indirectamente, mediante la *termoluminiscencia* de las cerámicas, si es que nuevamente pudieran encontrarse en el nivel IV —y siempre quedaría el problema de la equiparación cronológica entre T.L. y C-14— o mediante la tasa de hidratación de los sílex de los diferentes niveles de Verdelpino.

La estratigrafía cultural comparada fue utilizada en las monografías de Verdelpino para mejor definir al horizonte liso antecardial. Se expuso que fenómenos similares al paradigmático nivel IV aparecían en la Balma de l'Espluga o en Cocina y Llatas, yacimientos, los dos últimos, para los que se proponía un replanteamiento de la valoración que uno de nosotros había expuesto con anterioridad (FORTEA, 1973).

Ya hemos visto que el nivel V de la zona D de la Balma de l'Espluga había dado unos pocos y muy fragmentados restos de cerámica sin decorar. Pero junto a éstos también había aparecido un hueso largo, aplanado, con sección rectangular de bordes redondeados y una perforación en el extremo no roto, que se interpretó como el mango de una cuchara de hueso, elemento que ya se sabía era característico del horizonte cardial (SAN VALERO, 1950). Aun más, la concreta pieza de la Balma de l'Espluga tenía cómodos paralelos con los mangos de las cucharas aparecidas en las antiguas excavaciones de Cova de l'Or (MARTÍ et alii, 1980, lám. VIII), expuestas en el Museo de Prehistoria del S.I.P.

En términos de probabilidad no había suficientes garantías para considerar que los pocos fragmentos del yacimiento catalán significaran un horizonte liso, pero aunque así fuera, entre sus elementos se encontraba un objeto que se refería al horizonte cardial antiguo; además, en el mismo yacimiento hubo una ocupación cardial en el nivel III, aunque no bien separada de elementos de época posterior.

Para comprobar lo que se había dicho en las primeras publicaciones y su secuencia estratigráfica, establecida «con los métodos propios de la época» (LLONGUERAS, 1981 a, p. 123), Guilaine y Llongueras reemprendieron las excavaciones en el yacimiento. En la reciente publicación, al tratar del problema de las cerámicas lisas de las antiguas excavaciones, se expone la mesurada incertidumbre de que bien pudieran suponer un horizonte liso anterior al impreso, lo que sería un caso raro en el Neolítico antiguo catalán, o bien que se tratara de restos de vasos impresos de los que únicamente se habrían conservado los fragmentos lisos. Pero es mucho más significativa la valoración de las modernas excavaciones. El sondeo I, el único que proporcionó una información larga, debido a las peculiaridades sedimentarias del yacimiento, indicaba una ocupación del abrigo a finales del Epipaleolítico, al cual sucedería sin interrupción un hábitat del Neolítico antiguo, caracterizada por una industria lítica atípica, pero impregnada todavía de tradiciones epipaleolíticas y por una cerámica con decoración cardial típica (LLONGUERAS, 1981 a). La opinión del otro coexcavador es todavía más escéptica en cuanto a la validez de que la Balma de l'Espluga pudiera apoyar a un horizonte liso antecardial (GUILAINE, 1980).

La cerámica había aparecido en las cinco capas de la covacha de Llatas y era lisa, salvo dos fragmentos encontrados en la capa 1.^a, mientras que la industria lítica de todo el depósito indicaba una clara tradición epipaleolítica. Globalmente, los materiales de Llatas testimoniaban un ambiente conocido, que se integraba cómodamente dentro de las pautas puestas de relieve por la comparación regional. Ello llevó a situar a las capas 1.^a y 2.^a dentro del horizonte Cocina IV (Neolítico evolucionado-Eneolítico), mientras que la 3.^a, 4.^a y 5.^a, muy pobres en material, quizá pudieran indicar que el covacho empezara a ocuparse en un período sincrónico a Cocina III (Neolítico) (FORTEA, 1973).

Para integrar a Llatas dentro del horizonte liso tipo Verdelpino se dividió al covacho en dos conjuntos a partir de su capa 3.^a sin que sepamos por qué, pues si el criterio era la ausencia de decoración, los únicos dos fragmentos decorados habían aparecido en la capa 1.^a. De tal modo, las dos primeras capas se relacionaban con un Neolítico avanzado, mientras que las tres restantes pasaban a sumarse al horizonte de cerámicas lisas, datado por

Verdelpino en el 6.000 B.C. (MOURE y FERNÁNDEZ MIRANDA, 1977). Por hacer casar la información con la hipótesis previa aparecían unas inferencias inverificables, pues se creaba en Llatas un hiato de milenios sin que el yacimiento pudiera aportar ningún tipo de prueba en ese sentido y se distorsionaba la información de su industria lítica, que hasta entonces estaba satisfactoriamente integrada dentro de un desarrollo conocido con cronología mucho más corta. Otra cosa hubiera sido si la industria lítica de Verdelpino IV y Llatas fueran comparables, pero no pueden ser más diferentes.

Este no es el único replanteamiento que se ha propuesto para Llatas. La necesidad de hacer coincidir los datos dentro de un preestablecido esquema clasificatorio con múltiples subdivisiones lineales llevó a Aparicio a afirmar que el bloque de la industria lítica iba desde su Mesolítico III B al II (6.500 - 5.500 B.C.), mientras que la totalidad de las cerámicas pertenecería al Bronce valenciano, en relación con un poblado de esa época existente en las inmediaciones de Llatas. Los datos de una inhumación en la covacha probarían la remoción del depósito y el carácter intrusivo de todas sus cerámicas (APARICIO, 1979). Si es cierto que el yacimiento fue removido, se comprenden muy mal los recuentos líticos por capas que hace el A. para ver tendencias evolutivas, o la separación en bloque de cerámicas a una época, industria lítica a otra; simplemente habría que olvidarse de Llatas. Pero los datos de los excavadores son claros a este respecto: podía deducirse una inhumación de unos incompletos y fragmentarios restos humanos aparecidos concretamente en el nivel superficial entre las zonas de excavación A y B, lo que ciertamente no excluye alguna contaminación puntual, que los propios excavadores llegaron a detectar en un fragmento cerámico carenado (JORDÁ y ALCACER, 1949). Pero esos no son datos que permitan afirmar una remoción total o que toda la superficie del covacho hubiera sido utilizada como cueva de enterramiento, para disociar a conveniencia un contexto. La contaminación pudo afectar a un punto concreto del nivel superficial —se presume una inhumación no una habitación—, pero la cerámica y una industria lítica coherente aparecen desde la primera a la quinta capa en las cuatro zonas de excavación.

Por otra parte, la perduración de los viejos geométricos con su técnica de microburil paralelamente a todo el Neolítico e incluso el Eneolítico, ha

continuado comprobándose recientemente. Bástenos citar el yacimiento más próximo a Llatas, los covachos 1 y 2 de Can Ballester (GUSI y OLARIA, 1979).

En cuanto a Cocina, seremos breves. Se propuso el replanteamiento de Cocina III porque el fragmento impreso encontrado entre los materiales de las antiguas excavaciones no era técnicamente cardial, el resto de las cerámicas eran lisas o con una ornamentación que nada tenía que ver con aquella técnica y porque la industria lítica indicaba una fuerte tradición paleolítica, como ocurría en Verdelpino, aunque, naturalmente, de tipo geométrico (MOURE y FERNÁNDEZ MIRANDA, 1977; FERNÁNDEZ MIRANDA, 1977).

No hay que insistir en que la tradición lítica de Cocina III en modo alguno es la paleolítica, sino la epipaleolítica del horizonte subyacente de Cocina II, y si en su descripción pudo utilizarse el término paleolítico tuvo que ser del modo más genérico, al hablar de concretos grupos industriales como los buriles o instrumental con borde abatido.

En cuanto a la cerámica, pueden realizarse todas las matizaciones que se quieran tendentes a su correlación con Verdelpino, pero siempre quedaría un hecho bruto inmatizable: que el conjunto cerámico de Cocina lo componen un fragmento impreso no cardial, cerámicas lisas y numerosos fragmentos impresos, incisos o con decoración plástica, en definitiva un conjunto imposible de paralelizar con otro exclusivamente liso. Por otra parte, no importa tanto que la técnica de impresión no fuera exactamente cardial, como el hecho de que el esquema decorativo, no simple, encontrara claros paralelos en los vasos del mundo cardial. Pero la presencia de cerámicas cardiales como uno de los elementos constitutivos de Cocina III fue comprobada en yacimientos clave como Botiquería dels Moros y Castalena (BARANDIARÁN, 1978; BARANDIARÁN y CAVA 1981) y lo mismo ha ocurrido en las recientes excavaciones de Cocina. El horizonte de Cocina III se caracteriza por cerámicas impresas técnica o estilísticamente cardiales, siempre muy escasas; diríamos que son, si se nos permite la expresión, las cerámicas de lujo. A ellas se suman un mucho más numeroso conjunto de impresiones de otro tipo, incisiones, decoraciones plásticas y una dominante de fragmentos simplemente lisos, o, mejor, indeterminables, para no prejuzgar su realidad intrínseca antes de suponerles valoraciones culturales. Globalmente, esta

composición es similar a la de Botiquería dels Moros, Castalena o el covacho 2 de Can Ballester y ha de significar algo en el proceso de la neolitización.

El yacimiento más recientemente incorporado a la problemática que venimos tratando es Abauntz, en el prepirineo navarro, zona muy alejada de nuestra área de estudio, pero en la vertiente de aguas mediterránea surcada por el río Ebro. Las toscas y escasas cerámicas lisas de su nivel c y su fecha de 4.960 ± 450 inscribirían culturalmente a Abauntz en el horizonte de cerámicas lisas anterior al Cardial —pues el yacimiento cardial más cercano, la cueva de Chaves (Huesca), se dató en 4.510 B.C.—, pero posterior al Epipaleolítico, horizonte que tendría su «... comprobación estratigráfica en la Balma de l'Espuga ... y su exponente más problemático en el nivel IV de la cueva de Verdelpino a causa de su muy antigua fecha ...» (UTRILLA, 1982).

Parece contradictorio que se dé implicación cultural a que las cerámicas del nivel c sean lisas, pero que no se haga lo mismo con el superior nivel b 4, porque, aunque también sólo aportó cerámicas lisas, la A. no excluía «... la posibilidad de que existan también cerámicas decoradas» en él.

Por otra parte, ya hemos visto la fragilidad, por no decir la imposibilidad de que la Balma de l'Espuga pudiera constituirse en aval estratigráfico del horizonte liso, así como nuestra postura negativa a que los yacimientos anteriormente valorados pudieran integrarlo. En cuanto a la cronología, hay que señalar, sin que ello signifique un rechazo, que no pudieron separarse los ácidos húmicos de la muestra datada, que suponemos de carbón, y su amplia desviación estándar. Pero sí hay que insistir, con relación al cotejo Abauntz - Chaves, en que el horizonte cronológico del cardial antiguo cubre todo el V milenio B.C., sin que nada impida que penetre en los finales del VI.

Tal y como también hace Utrilla, la problemática de Abauntz quedaría mejor valorada entroncándola con la de los yacimientos de la región, como Zatoya, nivel I, que también aportó cuarenta y seis fragmentos sin decorar con una cronología del 4.370 ± 280 B.C., y en general con los momentos antiguos del proceso neolitizador del cuadrante N.E. peninsular (BARANDIARÁN, 1978; BARANDIARÁN y VALLESPI, 1980; BARANDIARÁN, 1982).

Recapitulando, hemos visto que la reciente bibliografía sobre el proceso de neolitización ha aportado las novedades de un Neolítico precerámico

y un Protoneolítico / Horizonte liso precardial que de algún modo sentarían las bases de ese Neolítico más completo funcionalmente hablando que representa el mundo cardial. A nadie se le escapará el suave evolucionismo unilineal progresivo que subyace a aquellas novedades. A nuestro juicio, el problema estuvo en que no se distinguieron claramente dos planos: el evolutivo y el histórico. Desde el primero: ¿por qué no?; como opción teórica no puede negarse. Pero desde el plano histórico se tienen que exponer muy serias reservas, porque todo queda reducido a uno o dos yacimientos, con un objeto o un puñado de cerámicas, con estratigrafías difíciles o inexistentes; y a fuertes distorsiones de la información. No se argumenta sobre estratigrafías largas ni se justifican procesos; simplemente, se extrapola lo singular.

3.3 *Horizonte neolítico inicial de cerámicas decoradas no cardiales*

En la línea de discusión abierta por las elevadas dataciones de C-14 atribuidas a las cerámicas más profundas de Verdelpino, se ha planteado durante los últimos años la posibilidad de que el horizonte inicial del Neolítico peninsular se caracterizara por cerámicas con decoraciones no cardiales, atendiendo igualmente a resultados proporcionados por el análisis de C-14. Pero si en el caso de Verdelpino la publicación de los resultados de las campañas de excavación permiten enjuiciar la hipótesis correspondiente en relación con la base documental a que se refiere, el panorama es distinto para los yacimientos que ahora analizaremos, de los que conocemos una parte de las dataciones de C-14, los análisis de fauna o las características generales de su cultura material, pero no una descripción detallada de los trabajos efectuados, secuencia estratigráfica, cuantificación de materiales y estratigrafía comparada, suficiente parte gráfica, etc. Todo ello hace especialmente necesaria la prudencia y contrasta con la rotundidad de determinadas afirmaciones que, a partir de resultados tan preliminares, han cuestionado el marco de comprensión general que hoy poseemos para el conjunto del Neolítico del Mediterráneo occidental.

La Cova Fosca, Cueva de Nerja, Cueva de la Dehesilla y Cueva Chica de Santiago poseen el común denominador de dataciones C-14 extraordinariamente elevadas con respecto a aquel marco medi-

terráneo, alcanzando los 6.250 B.C. en el caso de Dehesilla. Tan sólo en estas dataciones se apoyaría en última instancia su protagonismo en la discusión de la neolitización peninsular, además de en la presencia de animales domésticos en los niveles epipaleolíticos de Fosca y Nerja, lo que en modo alguno debe interpretarse como negación de su gran importancia analizadas desde la perspectiva de la neolitización del substrato epipaleolítico, caso de Fosca y Nerja, o en relación con la evolución del Neolítico antiguo y medio peninsular, pero dentro de un modelo distinto al que se ha sugerido en base a sus dataciones absolutas.

Como en los apartados anteriores, analizaremos primeramente las referencias publicadas sobre la cultura material y su posible encuadramiento a nivel peninsular, dejando para después las consideraciones relativas al origen de la cerámica y demás componentes de la cultura material neolítica, animales domésticos y plantas cultivadas..., cuestiones en las que incidirían de lleno estos yacimientos si se aceptara tanto la simplificación que parece operarse en la interpretación de su cultura material, como la cronología propuesta.

3.3.1. *Cova Fosca*

Lo publicado hasta ahora son avances preliminares o glosas a las dataciones, pero lo que sabemos no está exento de incertidumbres referentes a éstas y a los resúmenes de los componentes cerámico y lítico.

Las primeras noticias se referían a «diversos estratos neolíticos con abundante cerámica incisa, impresa y acordonada, junto con brazaletes de mármol y un material lítico compuesto de hojas retocadas, raspadores y abundantes piezas geométricas. La datación absoluta de uno de los niveles corresponde a una fecha de 5.717 ± 180 B.P.» (GUSI, 1977). Olaria (1977) aclararía que los estratos neolíticos eran el I y I b y aportaba nuevas fechas y comentarios. El nivel I b, con un contexto de cerámicas incisas y material lítico abundante, se databa en 5.690 ± 70 B.C. El nivel I ofrecía tres dataciones: 5.260 ± 70 para un contexto arqueológico similar, 5.150 ± 70 y 3.765 ± 180 para, esta última, una «muestra extraída de una gruesa capa de cenizas y carbones muy compactos. Pertenece al nivel I con un material de cerámica almagra, brazaletes e industria lítica».

Parecía, pues, que la fecha 3.765, que en adelante citaremos como 3.655 —corregida a la vida media de 5.570—, no tenía una procedencia problemática. Sin embargo, Olaria y Gusi (1978) se referirían poco después a un «nivel superficial excavado» por debajo de las remociones que había sufrido el yacimiento, al que seguirían una fase neolítica, dividida en los niveles I, I a y I b con las anteriores dataciones, y una fase mesolítica fechada en 6.930 ± 200 , a la que posteriormente se le añadiría 7.510 ± 150 . Pues bien, la fecha 3.665 ya no se atribuía el nivel I, sino al «superficial excavado» y se dudaba de su validez «debido a encontrarse recogida dentro del nivel superficial próximo al contacto de las remociones». Posteriormente se califica a 3.655 como «fechación contaminada» (OLARIA, 1980), pero en otro trabajo de la misma publicación se olvida que se trataba de una fecha contaminada e implícitamente se acepta como buena para datar al nivel superficial, su contenido faunístico y una concreta evolución en el paisaje vegetal (OLARIA et alii, 1980 a).

Sin embargo, en un trabajo inédito, últimamente publicado en su práctica totalidad, se afirma taxativamente que el nivel I, y no el superficial, proporcionó las fechas 5.260, y 5.150 y 3.655 antes mencionadas, y se cuestionaba la última como contaminada por las razones conocidas y su incompatibilidad con las otras dos (OLARIA et alii, 1980 b; OLARIA y GUSI, 1981). Hay que indicar que las dataciones del VI y IV milenio fueron realizadas, respectivamente, por laboratorios distintos, C.S.I.C. e I.

Las iniciales divisiones culturales en nivel I y Ib ó I, Ia y Ib fueron reordenadas a partir de 1978 en dos fases, una mesolítica y otra neolítica. La mesolítica es Fosca III / Nivel III (7.510 y 6.930) y la neolítica aparece dividida en Fosca II / Nivel II (5.690) y Fosca I / Nivel I (5.260 y 5.150) (GUSI, 1978). Esta reordenación ha sido mantenida en todos los trabajos posteriores, salvo en uno reciente, en el que la secuencia vuelve a ampliarse a cuatro niveles, al incluir al nivel superficial como distinto del I. No se menciona ningún contenido arqueológico para el superficial, salvo la «problemática» fecha de 3.655 (OLARIA et alii, 1982). Pero antes sí se habían indicado resultados estadísticos en fauna, industria lítica y cerámica para considerar al nivel superficial dentro del conjunto de la fase I o nivel I (OLARIA et alii, 1980 a) y también se había dicho

que incluso los materiales líticos y cerámicos que se habían recuperado de las remociones no presentaban notables diferencias tipológicas con los niveles neolíticos subsiguientes (OLARIA y GUSI, 1981, publicado en 1985).

Iguales incertidumbres aparecen en lo referente a la industria lítica. La de Fosca III fue definida en la publicación de 1978 como microlaminar con débil componente geométrico, pero en las posteriores se relaciona con algo radicalmente distinto como es el tramo superior de Filador, haciendo un único paquete de sus niveles II, I y superficial. Esta comparación podría considerarse más rigurosamente una vez que se publiquen con más detalle Fosca III y las actuales excavaciones de Fullola en Filador, que podrían funcionar como una prueba de contraste actualizada. Por el momento, ante aquella comparación, repetiríamos nuestras reservas a la cronología absoluta de Fosca III, considerando su difícil encaje entre los marcos cronológicos que poseemos para los complejos microlaminar y geométrico (FORTEA et alii, 1983, en prensa).

Incertidumbres también en muchos aspectos del componente cerámico. Ya hemos visto que la fecha 3.655 databa un nivel con almagra (OLARIA, 1977) y que se afirmó como nota de interés para el nivel I «que en una notable proporción aparecen los engobes a la almagra» (OLARIA y GUSI, 1978, p. 62), algo de muy concreta significación dentro del componente cerámico del Neolítico peninsular. No volvieron a citarse más tales engobes hasta que su existencia fuera negada recientemente: en los niveles neolíticos aparecieron abundantes «restos de almagra, sin que este tipo de pintura la encontremos en ninguna muestra cerámica» (OLARIA y GUSI, 1981, p. 145).

Como procedentes de Fosca I - Nivel I se citaron dos fragmentos con impresión cardial asociados a un componente mayoritariamente inciso. La unión en el mismo nivel de ambas técnicas decorativas y la opción por la cronología del VI milenio B.C., llevó a plantear la hipótesis de que era necesario levantar la cronología del cardial (GUSI, 1978). Pero cuando con posterioridad las cerámicas cardiales de Can Ballester fueron datadas en 5.000 ± 120 B.C., se indicó que esta fecha era algo alta según algunas consideraciones líticas (GUSI y OLARIA, 1979); algo alta, mejor, porque el VI milenio B.C. estaba ya ocupado por el horizonte inciso tipo Fosca.

Quizá por la mínima entidad numérica de los tipos cardiales, éstos no fueron citados, ni siquiera como presentes, en la ficha resumen del componente cerámico de Fosca I (OLARIA et alii, 1982). Sin embargo, una cantidad no despreciable de cerámicas impresas de estilo cardial fue reconocida en el estudio realizado con los materiales de las antiguas excavaciones, pudiendo ser alguno de sus elementos de técnica cardial (APARICIO y SAN VALERO, 1977).

¿Pero aparecieron realmente cerámicas impresas cardiales en las excavaciones de Olaria y Gusi? Sabemos por estos autores que en la cueva se produjeron intensas remociones que «no llegaron a alterar los niveles inferiores». La excavación de estos últimos les permitió distinguir los niveles I a III, equiparables a las fases culturales Fosca I a III. Como procedentes de Fosca I / Nivel I se citaron los dos fragmentos cardiales mencionados, pero al examinar la fotografía que de uno de ellos se publica se observa que es el mismo fragmento que Aparicio y San Valero presentaron en su estudio del conjunto de materiales sin estratigrafía que se pudieron rescatar al tener noticia de las remociones y excavaciones clandestinas que se habían efectuado en el yacimiento (OLARIA y GUSI, 1981, fig. 9 y APARICIO y SAN VALERO, 1977, lám. IV). Bien es cierto que en el pie de la foto se lee «Nivel superficial removido: Fosca I», remoción de la que podría deducirse una muy vaga alusión a los materiales publicados por Aparicio y San Valero, que en ningún lugar aparecen citados, pero, en cualquier caso, ese pie obliga a pensar que Fosca I está en parte construida con materiales removidos y sin garantía estratigráfica.

Queda pues planteada la interrogante de si en las excavaciones de Olaria y Gusi aparecieron otros fragmentos cardiales y tiene difícil comprensión que se hayan incluido dentro de una secuencia estratigráfica a elementos que carecen de posición en ella, a no ser que se intentara una integración por analogías entre dos conjuntos, pero en ese caso la clara indicación de procedencias es algo de obligado cumplimiento. Porque de tal y como nos está llegando la información, puede argüirse que para definir con Fosca un horizonte inciso en el VI milenio B.C. la impresión cardial tiene que ser inexistente o muy escasa, pero, en este último caso, del nivel I. Ya hemos visto que el fragmento cardial que se nos ofrece no procede de estratigrafía y hasta que no se nos presenten otros de las nuevas excavaciones, quedará la duda de saber con cuál de los dos, o si

con los dos, niveles cerámicos de Fosca se relacionan las cerámicas impresas cardiales publicadas por Aparicio y San Valero.

Incertidumbre también con las pocas cerámicas pintadas de Fosca. Con ellas tenemos mayores precisiones estratigráficas, pues fueron simplemente citadas, y sólo en el resumen de cabecera, como procedentes del nivel I en una publicación en la que netamente se diferenciaban los niveles superficial y I (OLARIA et alii, 1982). Posteriormente se las describió como un fragmento pintado con un trazo negro del nivel I, en el texto, y como dos fragmentos pintados pertenecientes a la misma vasija de Nivel superficial / Fosca I, en el pie de foto. Pero el examen de la ilustración muestra que se trata de dos de los tres fragmentos publicados por Aparicio y San Valero, nuevamente sin citar la procedencia (OLARIA y GUSI, 1981, p. 132, fig. II y APARICIO y SAN VALERO, 1977, p. 17, lám. I). Es evidente la falta de referencia estratigráfica tanto para éstos como para los cardiales. Y dadas las intensas excavaciones clandestinas que sufrió el yacimiento en todos sus sectores no podría argumentarse con seriedad que precisamente los fragmentos en cuestión hubieran sido hallados por los excavadores clandestinos justo en el tramo estratigráfico que faltaba en los cuadros C - I a III, donde se planteó la excavación reciente; es algo meramente posible.

Pero aceptemos momentáneamente la propuesta que se nos hace de Fosca I: un horizonte inciso del último cuarto del VI milenio B.C., en el que existe la presencia testimonial de cerámicas cardiales y pintadas. Sabemos que lo impreso-cardial es un fenómeno mediterráneo en el que la difusión no puede descartarse. Pero la asociación cardinal-pintada de Fosca no podría explicarse por referencia a ningún contexto del cardinal franco ibérico. Hay que ir más allá, a Italia, para ver, por ejemplo, en el Tavoliere, la sustitución entre fines del VI y principios del V milenio del horizonte impreso cardinal de Guadone por el pintado, pero con persistencias de la impresa, de Lagnano da Piede y Masseria la Quercia (TINE, 1983); o en el poblado de Rendina, donde la cerámica pintada convive con la impresa desde su primera fase, fechada a finales del VI milenio (CIPOLLONI, 1977-1982). Es evidente, que el material pintado de Fosca no permite ningún tipo de comparación con los horizontes italianos citados; simplemente estamos viendo dónde se pintaba a finales del VI milenio en el Mediterráneo centro occiden-

tal. El problema está en que del mismo modo que el bloque de las dataciones neolíticas va rejuveneciéndose u otros elementos culturales del complejo van rarificándose a medida que vamos viniendo hacia el oeste, las cerámicas pintadas no existen en el Neolítico antiguo del área franco-ibérica. Las más antiguas, de estilo Ripoli-Capri, aparecen en la Grotta dell'Aqua o en Arene Candide, dentro de un estrato con cerámica grafitada, estrato que señala en Liguria el fin de la cerámica impresa y precede al surgimiento de la cultura de vasos con boca cuadrada (TINE, 1983, p. 181). La cronología de esta cultura y del estilo Ripari se sitúa a lo largo de la primera mitad del IV milenio (GUILAINE, 1976). Más al E. cabría citar las escasas pinturas del grupo de Bize, encuadrable también en la misma cronología o algo posterior (GUILAINE, 1976).

En la Península Ibérica existe también un reducido lote de cerámicas pintadas situables en un Neolítico *sensu lato* o incluso después, en razón de la carencia de datos estratigráficos que tienen. Tal es el caso de los fragmentos de la Cova del Montgó (Alicante), cuya cronología es avanzada dentro del Neolítico (BERNABEU, 1982). O los de la cueva de Los Tiestos (Murcia), con el interesante dato de que está descrita como cueva sepulcral con inhumaciones colectivas (MOLINA y MOLINA, 1973). Cerámicas con motivos oscuros sobre fondo claro aparecen en concreta estratigrafía del Neolítico final en el poblado de Los Castillejos (Granada) (ARRIBAS y MOLINA, 1978). Ciertamente todos estos materiales no son estrictamente comparables entre sí, pero nos indican un marco cronológico no antiguo.

Recordemos que Fosca I / Nivel I también aportó una fecha de 3.655 B.C. Si aceptamos las compañeras del último cuarto del VI milenio B.C., entonces tendríamos otra originalidad en Fosca, no menor que el carácter inciso del contexto cerámico en tanto que horizonte antiguo, que no encontraría ni paralelo genérico ni explicación de la Liguria acá.

De los 9 fragmentos con que se ilustra a Fosca I nivel I, al menos 6 son piezas ya publicadas por Aparicio y San Valero. Quedan por tanto las descripciones del componente cerámico de este nivel y el estudio de Aparicio y San Valero como únicas bases para valorar al horizonte inciso de Fosca, que es el de un conjunto al que la estratigrafía comparada situaría después del horizonte cardinal, a reservas de una cronología absoluta que en parte es problemática. Sin el condicionante de las dataciones abso-

lutas es evidente que los materiales conocidos de los estratos cerámicos de Fosca nos llevan a la transición del Neolítico antiguo al Medio, o ya al Neolítico medio de Or (MARTI et alii, 1980); al Neolítico medio de Carigüela (PELLICER, 1964; NAVARRETE, 1976); al conjunto de materiales neolíticos de Zuheros, con amplia serie de fechas C-14 (VICENT y MUÑOZ, 1973), etc.; así como a lo que la bibliografía francesa engloba bajo la denominación de epicardial (GUILAINE, 1980, p. 235). Su precisa valoración dentro de las pautas evolutivas del Neolítico franco-ibérico ya fue expuesta por Bernabeu (1982).

3.3.2. Cueva de Nerja

Poco después de su descubrimiento, Pellicer iniciaría los trabajos de excavación en la Cueva de Nerja durante 1959 y 1960, realizando cortes estratigráficos en las distintas salas del yacimiento que revelaron la existencia de niveles de ocupación desde el Epipaleolítico a la Edad del Bronce (PELLICER, 1963).

A los efectos que ahora nos ocupan, destacan los cortes estratigráficos de las cámaras II, IV, V y VI que ofrecieron tanto niveles neolíticos como otros que, carentes de cerámica, pudieran adscribirse al Epipaleolítico; así como el corte de la cámara I, en el que fue localizado un silo conteniendo trigo y bellotas, estudiado y datado por el método del C-14 con posterioridad (HOPF y PELLICER, 1970).

Los niveles neolíticos inferiores de las cámaras IV V y VI proporcionaron fundamentalmente cerámicas lisas y con decoraciones incisas; en tanto la cámara II, en su estrato VI, el último que proporcionó cerámica, escasa y siempre lisa, ofreció también un fragmento de brazaletes de calcita liso y una punta de flecha de sílex de base cóncava. Estos resultados, caracterizados por la escasez de las decoraciones impresas en los niveles neolíticos inferiores, ya que el único fragmento de cerámica con decoración cardial fue hallado en superficie, inclinarían a Pellicer a admitir la tardía neolitización de la Costa del Sol, «una neolitización que tendría lugar en el momento del Neolítico medio de otras zonas, ... las especies más primitivas de Nerja podrían relacionarse con el neolítico medio de Piñar» (PELLICER, 1963, p. 35). Aceptándose en adelante el carácter avanzado del Neolítico inicial de Nerja con respecto al representado por las cerámicas impresas, lo que tendría su comprobación estratigráfica en la Cueva de la

Carigüela, aunque la datación del silo de la cámara I, 3.115 ± 40 B.C., permitiría elevar considerablemente la cronología anteriormente propuesta para la cerámica a la almagra (MUÑOZ, 1970).

En esta línea, Navarrete (1976), al revisar las evidencias neolíticas de la Andalucía oriental, asimilaría el Neolítico inicial de Nerja a los niveles del Neolítico medio de Carigüela, proporcionando además una breve y precisa referencia de los resultados obtenidos en las excavaciones de Jordá y Arribas entre 1965 y 1967.

Según Navarrete (1976, p. 318-339), en las excavaciones realizadas entre la Escalera de Salida y la Sala de la Torca pudo delimitarse un nivel, el IV, separado por una capa estalagmítica del nivel epipaleolítico V, en el que abundaban las cerámicas sin decoración, junto a otras decoradas mediante cordones con unguilaciones o digitaciones, incisiones, algunas impresiones, cerámicas a la almagra y un fragmento con decoración cardial.

Todo ello vendría a coincidir, en líneas generales, con los resultados obtenidos más recientemente por Pellicer, en las excavaciones de 1979 y 1980, si dejamos por el momento los resultados del C-14 y el problema de la domesticación del cerdo en los niveles epipaleolíticos. En efecto, según Pellicer (PELLICER y ACOSTA, 1982, p. 54), en el Neolítico inicial de Nerja «la industria lítica se reduce, entre otros elementos a láminas y laminillas de sílex con bajo porcentaje de retocadas. Los elementos funcionales de piedra pulimentada están prácticamente ausentes, de la misma manera que los molinos y moletas, que se presentan, generalmente, manchados de ocre, iniciándose débilmente los brazaletes de pizarra y mármol sin estrías. La cerámica comprende grandes vasos ovoides, toscos, con cordones lisos o impresos, partiendo de mamelones, siendo frecuentes los vasos de bordes ondulados, las asas de puente. Especial interés representa un fragmento de cerámica cardial o más bien cardialoide del horizonte levantino. También se inician aunque muy débilmente las decoraciones incisas de paralelas rectas o angulosas y algunas impresiones atípicas, junto con escasos fragmentos a la almagra». Y algo similar, con excepción de la decoración cardial, se observa en los trabajos de Jordá *et alii* (1983), para los que se trataría de un Neolítico antiguo no cardial.

De manera que, a reservas de una detallada publicación de la estratigrafía y de los materiales recu-

perados, las referencias conocidas sobre los más antiguos estratos neolíticos de Nerja en nada obligan a una revisión de las razones que condujeron desde el principio a su adscripción dentro de momentos avanzados de la secuencia neolítica peninsular. El problema sería la cuantificación de este retraso, en la línea expuesta por Muñoz de considerar un sincronismo parcial entre el Neolítico de las cerámicas impresas cardiales y el Neolítico andaluz caracterizado por las decoraciones incisas y la cerámica a la almagra (MUÑOZ, 1976; MARTÍ et alii, 1982, p. 292), debiéndose valorar en relación con ello la escasa pero indudable presencia de cerámicas cardiales en los inicios del Neolítico en Nerja.

Sin embargo, las dataciones absolutas dadas a conocer por Pellicer y Acosta (1982) han llevado la consideración del yacimiento hacia planteamientos muy distintos, de acuerdo con las dataciones que corresponderían a su Neolítico inicial, 5.940 ± 170 B.C., 5.210 ± 180 B.C. y 5.180 ± 150 B.C., no cuestionadas en ningún momento, quizás por su correspondencia con las de Dehesilla y la Cueva Chica, hablándose de una neolitización muy arcaica independiente de otros círculos ibéricos.

En efecto, de aceptarse tal cronología, que llegaría a alcanzar los 6.250 ± 160 B.C. en el caso de la datación más antigua de Dehesilla, tendríamos que suponer para Andalucía un proceso de neolitización autónomo, ya que no es posible establecer relaciones genéticas entre estos conjuntos cerámicos y con plena domesticación de animales, y otros conjuntos neolíticos del Mediterráneo occidental u oriental, pre-cerámicos en tales horizontes cronológicos o en la más inicial transición a la cerámica. Dejaremos para después las implicaciones de un modelo de neolitización autónoma que necesitaría de testimonios fehacientes sobre la existencia de los agriotipos silvestres de la cabra y la oveja domésticas, así como de la progresiva adquisición de la tecnología cerámica, entre otros aspectos. Pero destacaremos que no se habla de una continuidad evolutiva entre el Epipaleolítico y el Neolítico de Nerja, donde a los trabajos anteriores hay que añadir cinco nuevos cortes estratigráficos realizados por Pellicer desde 1979 (PELLICER, 1983); y que en Dehesilla y Cueva Chica son los estratos neolíticos los que inician la secuencia del yacimiento. Los ejemplos de neolitización del substrato epipaleolítico que actualmente se conocen en Andalucía, como la Cueva del Nacimiento, se alejan mucho indus-

trial y cronológicamente de lo que significarían estos nuevos planteamientos.

El horizonte cardial o impreso de ambiente cardial, aunque escaso, no puede considerarse como un hecho anómalo en el registro cerámico del Neolítico antiguo andaluz. Desde hace mucho tiempo es conocida esta técnica en Las Majolicas (Alfacar) y el vaso de Cacán (Alhama), en la provincia de Granada; en las cuevas de Las Goteras (Mollina), del Higuerón (Rincón de La Victoria) y Nerja—excavaciones Pellicer y Jordá / Arribas—, en la de Málaga; o el fragmento del Cerro de las Animas (Vélez Rubio) en Almería. Pero, sobre todo, en la granadina Carigüela, en cuyos estratos XVI a XIV aparece bien representada, coexistiendo desde el XV con el típico neolítico andaluz inciso, impreso y a la almagra. No sorprende, pues, que en casi todas las nuevas estratigrafías de Andalucía occidental hayan aparecido fragmentos cardiales. Pellicer y Acosta (1982) señalan que en Nerja y demás yacimientos estudiados por ellos, «no puede hablarse de un horizonte inicial de cerámica cardiales, aunque esporádicamente esté este elemento presente, en sus inicios, en Málaga y Cádiz, siendo quizás de influencia foránea, digamos levantina». Lo que es difícil de correlacionar con un Neolítico inicial que ocupa todo el VI milenio B.C., puesto que de aceptar la conexión mediterránea de la cerámica cardial (PELLICER, 1981), los conjuntos del Neolítico antiguo de España, Francia e Italia imponen una limitación cronológica que poco puede sobrepasar los inicios del V milenio B.C. En tal sentido, la distinción entre la cerámica cardial y cardialoide tiene muy difícil traducción a términos cronológicos por cuanto en los conjuntos del Neolítico antiguo cardial conviven vasos de factura extremadamente cuidada junto a otros de apariencia más tosca, aunque ambos con indudables impresiones cardiales. No parece que aquí la distinción pueda responder a los criterios propuestos para la evolución de las decoraciones cerámicas del Neolítico antiguo en relación con las denominaciones de cardial-epicardial (BERNABEU, 1982). Y tampoco es posible deducir que la distinción cardial-cardialoide evoque la idea de una evolución de las decoraciones de menor a mayor perfección. Esta segunda posibilidad, única que sería compatible con las cronologías propuestas, implicaría un desarrollo paulatino de las decoraciones cardiales, lo que desde luego no se vislumbra en Nerja, y se opone a lo mostrado por los conjun-

tos del Neolítico antiguo cardial. No puede hacerse compatible la idea de que estas cerámicas sean intrusiones procedentes de yacimientos como Or, Sarsa, o cualquiera otro característico de la Cultura de las cerámicas impresas del Mediterráneo occidental, y a la vez mantener una cronología de inicios del VI milenio B.C. Suponer que yacimientos con tales características pudieran existir aunque no sean conocidos, remontando los inicios del cardial hacia el 6.000 B.C., contrastaría con su escasa presencia a lo largo del VI milenio en Nerja, donde volverían a reaparecer esporádicamente durante el Neolítico final, a principios del IV milenio. En el mismo sentido se ha expresado recientemente Muñoz, señalando que para explicar las intrusiones «cardialoides» o cardiales sería necesario pensar en un foco más antiguo, por lo menos contemporáneo al VI milenio del Neolítico andaluz, de momento no documentado (MUÑOZ, 1984). Y siempre quedaría la articulación que para ambos mundos presenta la estratigrafía de Carigüela, precisamente en la Andalucía oriental, la zona de mayor virtualidad explicativa. Sin duda, cardialoide (PELLICER y ACOSTA, 1982) y cardial (PELLICER, 1983) deben tomarse como matizaciones referidas al grado de refinamiento en el empleo de la técnica decorativa. Y a partir de la constatación de la presencia de tan peculiar técnica decorativa, sin duda escasa, pero igualmente firme en sus implicaciones cronológico-culturales, hay que retomar su significación dentro de una estratigrafía comparada.

A estos problemas de interpretación inherentes a las elevadas dataciones de Nerja parecen añadirse algunas dificultades internas en relación con la propia secuencia del yacimiento ya que, de una parte, Pellicer y Acosta (1982, nota 14) señalan la existencia de un total de treinta dataciones para Nerja, Dehesilla y Cueva Chica, de las que se han publicado un total de dieciseis, habiéndose rechazado tan sólo una, que correspondería a un enterramiento del Neolítico final de Dehesilla con resultado de 1.170 ± 80 B.C., si bien también existen otras consideradas como inaceptables. Y de otra parte, la indeterminación en el aquilatamiento del Neolítico medio de Nerja no parece ser ajena a estos resultados del C-14. Cuestiones estas que, como la excesiva distancia entre la fecha más baja conocida para el Neolítico inicial, 5.180 ± 150 B.C., y la más elevada del Neolítico avanzado, 3.840 ± 140 B.C., no es posible evaluar hasta conocer la totalidad de las data-

ciones y las correspondientes secuencias estratigráficas.

Dejando en suspenso, pues, el problema de la cronología, aunque acotándola en torno a la mitad del V milenio B.C., y añadiendo el yacimiento de Murciélagos de Zuheros, creemos que el estado de los problemas podría resumirse con las palabras de Acosta (1984, p. 43): «en las cuevas de la Dehesilla (Cádiz) y Chica de Santiago (Sevilla) en Andalucía occidental, en la de Nerja (Málaga) y en la del Nacimiento (Jaén) en Andalucía oriental, se observa una facies neolítica inicial de signo distinto a la representada por Or y Carigüela y que, hoy por hoy, según varias dataciones absolutas, supera en fechas a la cueva alicantina. Es muy posible que hayan podido convivir durante un tiempo ambos neolíticos iniciales, cardial y no cardial, en el Sur peninsular, para, en momentos más avanzados, quizás a partir de fines del V milenio a. C., dominar absolutamente la vieja tradición de cerámicas no cardiales, decoradas con incisiones, acanaladuras, grabados y tratamiento a la almagra, entre otros elementos, técnicas decorativas que precisamente aparecen marcadas a partir del final de los niveles cardiales de la Carigüela».

3.3.3. *Cueva del Parralejo o de Dos Hermanas, Cueva de la Dehesilla y Cueva Chica de Santiago*

Los problemas planteados por la Cueva de Nerja se repiten casi exactamente en otros dos yacimientos andaluces más occidentales: la Cueva de la Dehesilla y la Cueva Chica de Santiago.

Para Dehesilla, excavada por Acosta durante 1977 y 1981, se conocen cuatro dataciones de C-14 referidas a su Neolítico inicial: 6.250 ± 160 B.C., 5.720 ± 400 B.C., 5.170 ± 200 B.C. y 5.090 ± 170 B.C., que se caracteriza por el predominio de la cerámica a la almagra, decoraciones incisas y acanaladas, decoraciones impresas, plásticas, etc., e impresiones cardialoides; además de azuelas pulimentadas, fauna doméstica... (PELLICER y ACOSTA, 1982; ACOSTA, 1983).

Y en la Cueva Chica de Santiago, situada mucho más al interior, en Sierra Morena, igualmente excavada por Acosta a partir de 1976, el Neolítico inicial se fecha en 5.940 ± 180 B.C. y 5.290 ± 230 B.C., comprendiendo cerámica a la al-

magra, decoraciones incisas, acanaladas, plásticas e impresiones cardialoides, brazaletes de mármol sin estrías, etc. (PELLICER y ACOSTA, 1982).

El panorama repite, pues, los resultados de la Cueva de Nerja y sólo nos queda insistir en que el Neolítico inicial de ambos yacimientos contiene algunas cerámicas impresas de tipo cardial.

Con todo, puede hacerse una matización muy importante si tenemos en cuenta la proximidad geográfica de Dehesilla y Parralejo, separadas por unos 16 kms. Este último yacimiento, la Cueva del Parralejo o de Dos Hermanas, para el que no se poseen dataciones de C-14, fue excavada por Pellicer en 1977 (PELLICER y ACOSTA, 1982), distinguiendo tres horizontes pertenecientes a un Neolítico inicial, final y calcolítico. El Neolítico inicial se caracteriza por «cerámicas con decoración de cordones, por cerámicas incisas, impresas, unguiladas, puntilladas, por mamelones, asas de cinta y por un cuenco con decoración cardial geométrica e incrustaciones de ocre», además de algunos elementos funcionales pulimentados y fauna doméstica. Mientras al Neolítico final corresponde «el apogeo de las cerámicas a la almagra, con barrocas decoraciones geométricas incisas, puntilladas y cardialoides, ausentes éstas en el neolítico inicial...».

Secuencia que, dejando los problemas de denominación en lo que se refiere a la transición Neolítico antiguo-medio, Neolítico medio y Neolítico final, podría correlacionarse fácilmente con Carigüela. Sin que podamos afirmar la inexistencia de cerámica a la almagra en el Neolítico inicial de Parralejo, ésta no aparece citada y queda claro que su pleno desarrollo corresponde a momentos posteriores; mientras parece importante la representación de decoraciones impresas, incluyendo el citado cuenco cardial. Lo que ya fue señalado por el propio Pellicer (1979) en su aproximación de conjunto a la Andalucía occidental: «en el sector Sudoeste, ocupado ampliamente por la Serranía de Ronda, el neolítico de cueva presenta análogas características a las del otro lado del Genil, en cuevas como las de la Pileta, el Gato, Ubrique, San Doroteo, Picao, Algar, Parralejo, etc., aunque con un sustrato de neolítico cardial anterior al de la cerámica de almagra (Parralejo)».

En definitiva, creemos que son importantes los argumentos para considerar elevadas las dataciones del Neolítico inicial en estos yacimientos. Y ello porque, con independencia de que una cronología

inicial para el Neolítico andaluz en la transición del VII al VI milenios B.C. supondría un desgajamiento radical de la Prehistoria del Mediterráneo occidental, no se trata de querer mantener un modelo determinado de neolitización negando nuevas evidencias. El problema es que por el momento sólo contamos con incertidumbres que, antes de poder ser consideradas como firme base de nuevos modelos, requerirán la exhaustiva publicación de los trabajos efectuados en cada uno de estos yacimientos.

4. ECONOMÍA DE PRODUCCIÓN Y HORIZONTE NEOLÍTICO INICIAL

Es evidente que la importancia concedida tradicionalmente a la precisa caracterización de la más antigua facies neolítica peninsular responde a su directa relación con el modelo de neolitización que pueda postularse. Un cambio significativo en el registro arqueológico con que contamos tendría grandes repercusiones en la explicación del modo en que hicieron su aparición en nuestras tierras las primeras comunidades productoras.

Un horizonte neolítico inicial de cerámicas lisas o decoradas, pero ajenas al mundo de las decoraciones impresas cardiales, aun sin obligar necesariamente a planteamientos autoctonistas, abundaría en la idea de una menor unidad de la corriente cultural de las cerámicas impresas, como en ocasiones ha querido matizarse atendiendo a la variedad de formas y motivos decorativos documentados dentro de ella. La presencia de animales domésticos, singularmente de la oveja y de la cabra, en contextos epipaleolíticos anteriores a las primeras cerámicas, abogarían por una gradación en la incorporación de los distintos fenómenos que comporta la neolitización. Y esta gradación se reforzaría de poderse demostrar la mayor antigüedad de la componente pastoril sobre la propiamente agrícola, etc. Todo ello con su inevitable corolario de mayor o menor protagonismo del substrato epipaleolítico, de proceso rápido y uniforme o más bien de lenta evolución, etc. Así pues, por ser tan estrecha la dependencia entre los datos y el modelo, es preciso insistir, a la hora de acometer el balance de la investigación sobre el marco mediterráneo español, en que las opciones teóricas no pueden anteponerse a la contrastación del registro arqueológico. Y hay que mantener la distinción entre indicios y evidencias, por muy valiosos que aquellos puedan parecernos en orden a nuestra concepción del proceso.

Dejando la cuestión del modelo para un apartado posterior, de lo expuesto en las páginas precedentes se desprende que yacimientos como Verdelpino, Fosca o Nerja, sobre lo que se han basado planteamientos alternativos a la hipótesis de un Neolítico peninsular iniciado dentro de la corriente cultural de las cerámicas impresas, pueden ser mejor interpretados dentro de esta misma hipótesis. De manera que el encuadramiento de sus materiales dentro de una secuencia como la de Carigüela puede hacerse sin dificultad, a condición de que se admita la duda sobre las cronologías propuestas en cada caso.

En su conjunto, los yacimientos de Aragón, Cataluña, País Valenciano y Andalucía muestran una evolución que, atendiendo a los tipos cerámicos más característicos, se inicia dentro del horizonte cultural de las cerámicas impresas, con el Neolítico antiguo cardial y epicardial, sobre el que imbrinca, y al que sucede el Neolítico medio. Chaves, Toll, Or, Cendres, Carigüela, Murciélagos..., ofrecen paralelos suficientemente estrechos como para deducir que los casos examinados en el apartado anterior no representan los inicios del Neolítico peninsular, sino que su mejor acomodo corresponde a momentos avanzados del Neolítico antiguo o al Neolítico medio. Todo lo cual es concordante con la perspectiva mediterránea.

Sin embargo, queda planteado en la bibliografía un interrogante acerca de si este horizonte inicial de cerámicas cardiales representa o no el comienzo de la plena economía de producción, ya que ello podría ser contradictorio con la presencia de animales domésticos en los niveles epipaleolíticos de Fosca y Nerja. No consideraremos problemática la existencia de animales domésticos en los niveles cerámicos de estos mismos yacimientos o de los restantes estudiados, siempre de acuerdo con la atribución cultural y cronológica aquí propuesta, recordando que para Verdelpino, Morales (1977) ya señalaba que las especies domésticas sólo se iniciaban con claridad en el nivel tres. Pero su presencia en los niveles epipaleolíticos de Fosca y Nerja permitiría separar en el tiempo los distintos componentes de la neolitización, en este caso los animales domésticos y la cerámica, introduciendo un matiz de cambio gradual entre los modos de vida epipaleolíticos y neolítico. Matización que si bien es posible en Botiquería o Cocina, tendría un sentido distinto en Fosca y Nerja.

En el caso de Fosca, se dice que en su nivel inicial, con fechas C-14 de 7.510 ± 160 B.C. y 6.930 ± 200 B.C., «la presencia de ovicápridos (*Ovis aries* y *Capra hircus*) de medidas menores a las especies salvajes, nos documentan en esta fase III ya una economía de domesticación inicial» (OLARIA et alii, 1980 a), aunque en la tabla correspondiente vemos clasificados 128 restos de *Capra*, uno de ovicáprido indeterminado y ninguno de *Ovis*. Dato éste último que parece confirmarse en otro trabajo (OLARIA et alii, 1982), donde se habla de los inicios de la domesticación de la cabra en Fosca III, pero sin mencionar a la oveja. De acuerdo con ello tendríamos cabra doméstica en Fosca III, lo que sería la referencia más antigua a *Capra hircus* en el Mediterráneo occidental. Sin embargo, lo cierto es que, con la excepción citada en las líneas anteriores, los autores hablan únicamente de *Capra*, lo que sugiere una indeterminación en la atribución de los restos, ya que no podemos suponer que los 128 restos de Fosca III correspondan a *Capra hircus*, tratándose de una domesticación inicial. Máxime cuando ha sido señalada una notable presencia de *Capra pyrenaica* en el yacimiento, de acuerdo con la pequeña muestra sin estratigrafía clasificada por Driesch (en MESA-DO, 1981, p. 293).

Tal vez la explicación de estas ambigüedades haya que buscarla en las consideraciones que subyacen al concepto de domesticación inicial, consideraciones que no serían ajenas al especial uso que de los términos «herding» y «husbandry» hace Davidson al tratar de la relación hombre-animal en el Paleolítico superior regional: se habría producido un control de las agrupaciones naturales de las cabras, que no habrían huido del hombre más que lo hacen hoy las cabras domésticas (DAVIDSON, 1972 y 1976). Así, dentro de un contexto similar, se dice que en Fosca III se conseguiría «controlar o aislar a algunos ovicápridos para asegurarse el alimento básico: la carne» (OLARIA et alii 1980); o que en el área interior de la provincia de Castellón, el medio o los condicionamientos geográficos posibilitarían el control de las manadas de animales, y su caza intensa conduciría a una paulatina observación de los animales para abocar finalmente en su domesticación (OLARIA, 1980, p. 34-35). Control, observación y caza selectiva que hemos de considerar tan obvios como viejos, pues hay datos de ello desde el Musteriense regional (PÉREZ, 1977).

Desde luego nadie piensa que la economía de las sociedades paleolíticas y epipaleolíticas discurriera sobre una caza indiscriminada, de modo que éstas y otras muchas consideraciones serían plausibles. Pero en el caso concreto de las expuestas por Olaria *et alii*, su carácter de vaga presunción no justifica una virtualidad que pudiera servir de telón de fondo para informar al registro faunístico del yacimiento.

La información actual no establece una simple continuidad entre la caza epipaleolítica y la domesticación neolítica referida a los ovicápridos, ya que tanto *Capra hircus* como *Ovis aries* son animales introducidos. Sigue existiendo un acuerdo general entre los investigadores en el sentido de que los agriotipos de estas dos especies no existían en Europa (ALTUNA, 1980; BOESSNECK y von der DRIESCH, 1980; UERPMANN, 1983; PÉREZ, 1983; GEDDÉS, 1980 y 1985; entre otros). Es difícil, pues, comprender afirmaciones como la de que «la domesticación se verificó *in situ* de forma totalmente autóctona»; o que Fosca representa «un ejemplo palpable de la evolución de un modelo concreto de hábitat por medio de los propios recursos naturales, sin que ello signifique que ciertos cambios económicos-culturales no se produjeron a través de la influencia de algunos grupos humanos asentados en áreas vecinas» (OLARIA y GUSI, 1983). Lo que resulta confuso, ya que sin negar obviamente la evolución que representa todo yacimiento, vemos apelar a unos grupos humanos próximos, capaces de generar tales estímulos, completamente desconocidos dentro del horizonte cronológico propuesto para Fosca.

La presencia de animales domésticos, exclusivamente oveja, ha sido señalizada en niveles epipaleolíticos de algunos yacimientos del sur de Francia con dataciones del VI milenio B.C. Pero aceptando que se trata de animales introducidos (GEDDÉS, 1980 y 1985). La interpretación de este hecho resulta problemática y no puede considerarse cuestión cerrada. En todo caso, no es esta la imagen que ofrecen yacimientos peninsulares como Botiquería (ALTUNA, 1978), Cocina (PÉREZ, 1983), Nacimiento (ALFEREZ *et alii*, 1981) o Valdecuevas (SARRIÓN, 1981), sobre los que volveremos al comentar los resultados de Nerja.

El estudio de Boessneck y von der Driesch (1980) sobre los restos faunísticos de Nerja proporciona una valiosa información sobre múltiples aspectos, incluyendo la importancia económica que pudo

tener la pesca o la caza de aves marinas. De estos resultados se han hecho eco Pellicer (1983), destacando la presencia del cerdo en los niveles epipaleolíticos; Muñoz (1984), quien se ha referido además a los ovicápridos de estos mismos niveles; y Alfaro (1984), que ha prestado especial atención a las opiniones de Boessneck y Driesch referentes a las relaciones mediterráneas de la introducción de los animales domésticos en la Península Ibérica.

Los restos de fauna que aquí nos interesan corresponden a los niveles epipaleolíticos de la Sala de la Torca y de la Sala de la Mina (excavaciones de Pellicer en 1979); por cuanto queda impreciso el sentido que hemos de dar al llamado nivel de transición entre el Epipaleolítico y el Neolítico inicial de la Sala de Torca, en el que se identifican por vez primera la oveja y cabra domésticas. Este nivel no se distingue en la Sala de la Mina y, por otra parte, Pellicer no habla de oveja y cabra domésticas en niveles preneolíticos.

En los niveles clasificados como epipaleolíticos se identifican un total de 74 restos de ovicápridos (15,4 %) y 42 de cerdo (8,7 %). Con respecto a los primeros, su tamaño parece pequeño respecto de la cabra montés y existen animales jóvenes, pero dada la dificultad de la clasificación y la mala conservación de los restos, se concluye que no es posible demostrar la existencia de la cría de la cabra y de la oveja, aunque dichos restos tampoco pueden atribuirse a la cabra montés. La delicada distinción entre cerdo y jabalí queda patente una vez más en el caso de Nerja. Boessneck y Driesch opinan que si estos restos proceden de un contexto cultural en el que se da la cría de animales domésticos, entonces dichos restos no serían propios de jabalíes. Los huesos examinados entrarían en la variabilidad del cerdo doméstico, y, si no fuera así, habría que suponer la existencia de un tipo excepcional de pequeños jabalíes en las proximidades del yacimiento, aún contando con el menor tamaño del jabalí ibérico con respecto al del centro de Europa.

Todo ello, sin embargo, debería matizarse con las opiniones que expresan Boessneck y Driesch en relación con los inicios de la domesticación en el sur peninsular, por cuanto que, de una parte, se consideran inexistentes los antecedentes de la cabra y oveja domésticas en la Península y resto de Europa; y, de otra, se supone una cronología de V milenio a. de C. para este Epipaleolítico de Nerja, de acuerdo con la antigua valoración de Pellicer. Lo cual

aclara convenientemente el caso de los ovicápridos, a la vez que plantea interrogantes en relación con ese contexto cultural en el que se inscribirían los problemas del cerdo/jabalí.

Estos resultados faunísticos de las excavaciones de Pellicer, que tienen por objeto al tramo cerámico del yacimiento, contrastan con los que empiezan a saberse de las excavaciones de Jordá, centradas en el tramo no cerámico de Nerja. La fauna de los niveles epipaleolíticos excavados por Jordá (Sala de la Mina) no han aportado restos domesticados, sino un ambiente de gran uniformidad con abundante malacofauna, ictiofauna, conejos, peces y algún que otro ciervo o cabra salvaje (PÉREZ RIPOLL, comunicación personal; JORDÁ PARDO, 1981; JORDÁ PARDO y GONZÁLEZ-TABLAS, 1983, en prensa).

Nerja recuerda estrechamente los problemas planteados por la fauna de Cocina, cuyos niveles epipaleolíticos se caracterizan por el predominio de la *Capra Pyrenaica*, aunque Pérez Ripoll (1983) señala que los valores mínimos de la *Capra Pyrenaica* entran en la variación máxima de la cabra doméstica; reconociéndose también la difícil determinación del cerdo y del jabalí. En el caso de Cocina, con restos de animales jóvenes que podrían clasificarse indistintamente, el carácter global de la explotación económica que muestra el yacimiento inclina a Pérez Ripoll por su atribución al jabalí. Pero en Nerja desconocemos la exacta relación entre su nivel epipaleolítico, cuyas dataciones C-14 conocidas son 8.630 ± 350 B.C. y 6.310 ± 360 B.C., y los inicios del Neolítico en el yacimiento. Sabemos que tanto el tránsito entre el Paleolítico y el Epipaleolítico como el Neolítico de la Sala de la Mina (excavaciones Jordá) se vio afectada por varias fuertes arroyadas, cicatrices sedimentarias, inicios de estalactitización y revuelto de materiales en concretas y delimitadas zonas (JORDÁ PARDO, 1981; JORDÁ, 1985), que configuran una estratigrafía compleja en los tramos de mayor interés cultural, según lo que ahora nos ocupa. Es obligado preguntarse, pues, en qué medida la exacta caracterización sedimentológica, cultural y cronológica de estos niveles epipaleolíticos afectará a los problemas del cerdo/jabalí.

A la espera de mayor información sobre el tránsito Epipaleolítico/Neolítico de Nerja, Fosca podría tener una lectura distinta si la datación C-14 de su nivel epipaleolítico resultara excesivamente elevada, como ocurre para sus niveles neolíticos, aunque para saberlo, habremos de esperar su adecuada publi-

cación. En tal caso, su problemática se acercaría a lo mostrado por aquellos yacimientos epipaleolíticos que alcanzan la neolitización, como Cocina (FORTEA, 1971 y 1973; FORTEA et alii, 1983), Botiquería (BARANDIARÁN, 1978; ALTUNA, 1978; BARANDIARÁN y CAVA, 1981 y 1985), Nacimiento (ASQUERINO y LÓPEZ, 1981; ALFEREZ et alii, 1981) o Valdecuevas (SARRIÓN, 1980). En estos yacimientos se patentiza la existencia de niveles epipaleolíticos, industrial y económicamente, cuya cronología alcanza y va más allá de la aparición de las comunidades neolíticas en la Península. De forma que su lento proceso de neolitización puede explicarse justamente a través de los contactos con aquellos otros grupos humanos plenamente neolíticos (FORTEA, 1973; BARANDIARÁN, 1978). Lo que sólo supone, por ahora, la existencia de un proceso desigual, de unas comunidades plenamente neolíticas representadas por los yacimientos del Neolítico antiguo cardial ajenos a la tradición industrial epipaleolítica, caso evidente de Or (FORTEA, 1973; MARTÍ et alii, 1980; JUAN, 1984); y otras comunidades que mantienen su modo de vida cazador-recolector, pero que irán incorporando algunos elementos neolíticos, como las cerámicas cardiales y escasos animales domésticos en Cocina, cerámicas no cardiales y animales domésticos en Nacimiento, o sólo cerámicas cardiales en Botiquería.

No podemos prescindir del contexto europeo en lo que se refiere a la ausencia de los antecedentes de la oveja y de la cabra domésticas, como igualmente para los cereales. Y ello implica introducción y limitación cronológica. Es, pues, necesario insistir: que exista una evolución interna del substrato epipaleolítico, un verdadero proceso de cambio *in situ*, no es contradictorio con que en un momento determinado, o a lo largo de un extenso período de tiempo, influencias externas aceleren, modifiquen o cambien en profundidad las transformaciones en curso.

Se impone, en consecuencia, considerar no sólo la estrecha relación existente entre los datos y la interpretación de los inicios del Neolítico, sino también la coherencia que los propios datos han de mantener entre sí. Lo que revierte una vez más en el problema de la cronología, en la necesidad de que las dataciones absolutas sean adecuadamente contrastadas: internamente, en relación con la secuencia estratigráfica de cada yacimiento; y, externamente, de acuerdo con la estratigrafía comparada.

Sólo Verdelpino, entre los yacimientos que aquí han centrado nuestra atención, ha sido publicado en extensión suficiente como para permitir una valoración de sus dataciones absolutas con respecto a su secuencia. Para Fosca carecemos de una descripción precisa de los trabajos realizados, de una explicación adecuada para la distinta datación proporcionada por laboratorios diferentes, o de una caracterización suficiente de sus niveles. En los casos de Nerja, Dehesilla y Cueva Chica permanece inédita una parte considerable de las treinta fechas obtenidas, del mismo modo que es insuficiente la información publicada cuando se intenta evaluar la gran distancia que separa a las dataciones atribuidas a su Neolítico inicial, de las conocidas para sus niveles posteriores, más acordes éstas últimas con los resultados de Zuheros, Nacimiento o el propio Verdelpino. Cuestiones que nos remiten ya a la contrastación externa de las dataciones de C-14, a través del análisis pormenorizado de la estratigrafía comparada, en la que no nos detendremos más extensamente (NAVARRETE, 1976; MARTÍ, 1978; BALDELLOU, 1981; CAMPS et alii eds., 1981; BERNABEU, 1982; MARTÍ et alii, 1983; GUILAINE, 1980 y 1984; entre otros). Pero sí recordaremos que todo planteamiento sobre los inicios del Neolítico, en orden a su coherencia con el registro arqueológico actual, debe tener en cuenta aspectos o factores determinantes: como la inexistencia de una gradación en la aparición de los distintos componentes de la cultura material, lo que permitiría vislumbrar un proceso de formación autónomo para la misma; o el origen externo de las bases económicas neolíticas, ya se consideren fundamentalmente pastoriles o más ampliamente agrícolas.

La tecnología cerámica, las hachas y azuelas de piedra pulida, la industria de sílex orientada preferentemente a la obtención de los elementos de hoz, las cucharas de hueso, el amplio conjunto de elementos ornamentales, etc., rebasan en la explicación de su aparición la óptica de un proceso autónomo, aun considerando al conjunto del Mediterráneo occidental como una posible área nuclear. La oveja y la cabra domésticas, a cuyos problemas acabamos de referirnos, el trigo y la cebada cultivados (HOPF, 1966 y 1983), nos remiten una y otra vez, según el criterio de paleontólogos y paleobotánicos, a los problemas de su introducción o de su procedencia. Cuestiones éstas que no son de libre opción teórica, sino las evidencias de que actualmente dispone-

mos. Es posible que el registro arqueológico, caracterizado siempre por su parcialidad, pueda depararnos grandes sorpresas en el futuro; pero en el momento presente no parece justo insinuar que cuanto implica el modelo del Neolítico antiguo cardial o de la cultura de las cerámicas impresas del Mediterráneo occidental sea tan sólo un espejismo al que ha sucumbido la extensa bibliografía de las últimas décadas.

Una ordenación pausada de nuestros yacimientos neolíticos sitúa por lo tanto a Verdelpino, Fosca, Nerja, etc., en lugares distintos a los sugeridos por sus dataciones C-14. Sus primeros niveles cerámicos no representan al más antiguo Neolítico peninsular, porque sus materiales corresponden a momentos no iniciales de las estratigrafías de otros yacimientos, y también por las demás razones expuestas. De forma que el cuadro básico, la descripción que mejor recubre la información que poseemos sobre los inicios del Neolítico, sigue descansando sobre la hipótesis de dos situaciones distintas (FORTEA, 1973): un Neolítico puro partícipe de la cultura de las cerámicas impresas mediterránea y una neolitización matizada del substrato epipaleolítico geométrico.

Las influencias que vemos actuar sobre este substrato epipaleolítico, aun en el caso de sus manifestaciones más antiguas como las cerámicas cardiales presentes en Cocina y Botiquería, no son suficientes para explicar el surgimiento del complejo neolítico representado por Sarsa u Or. Por el contrario, cualquiera que haya sido el proceso conducente a la aparición de este Neolítico antiguo cardial, todas las probabilidades indican que las débiles influencias neolíticas que vemos en Cocina o Botiquería deben proceder de aquel. O que, en el límite de lo que podemos suponer, ambos casos se deban a un mismo horizonte de influencias, plenamente adoptadas por unos y sólo ligeramente percibidas o aceptadas por los otros.

5. LÍMITES Y PERSPECTIVAS PARA UN MODELO DE LA NEOLITIZACIÓN PENINSULAR

Retomar el hilo de los problemas tal como vimos que estaban planteados en los inicios de la década de los setenta, incorporando las enseñanzas de la prolija discusión posterior, a la que hemos dedicado las páginas precedentes, es una tarea urgente y necesaria. Para ello conviene tomar conciencia de

nuestras propias limitaciones en orden a la reconstrucción histórica de los procesos, pero también hay que asumir una realidad evidente: tenemos la teoría general y un notable conjunto de datos. Es hora por tanto de intentar avanzar del modo propuesto por Harris (1981) cuando, tras reconsiderar la evolución de las ideas sobre los orígenes de la agricultura y la distancia que todavía separa las teorías generales de las evidencias materiales, hablaba de generar lo que Binford denomina *teorías de rango medio*: un camino intermedio entre los modelos abstractos intelectualmente satisfactorios pero inverificables, y la creencia simple de que los datos hablan por sí mismos.

En este sentido creemos que es posible progresar, aceptando indeterminaciones pero acotando en todo caso los límites en que inscribir la explicación de la aparición del Neolítico en la zona mediterránea peninsular. Estos límites indican que no es cuestionable la relación mediterránea de la cerámica cardial, las conexiones más orientales que subyacen a la economía neolítica, trátase de los cereales o de los ovicápridos domésticos, la existencia de una cierta navegación desde los inicios del Neolítico, etc., todo lo cual ha de traducirse en la consideración de relaciones, influencias, estímulos o movimientos de gentes. Quedan, pues, al lado del camino aquellos planteamientos autoctonistas tendentes a minimizar las conexiones mediterráneas, sea planteando la hipótesis de una pre domesticación frente a la introducción de los ovicápridos domésticos, sea defendiendo la mejor lógica de una progresión desde cerámicas toscas a otras de factura más cuidada o de cerámicas lisas a decoradas. Pero debe quedar claro que todo ello son imposiciones del registro arqueológico actual, y que en modo alguno significa que haya que optar por una de las partes de la disyuntiva difusión-préstamo frente a evolución-invencción, disyuntiva en la que de modo más o menos explícito se alinean las interpretaciones que antes hemos discutido. De lo que se trata justamente es de no proseguir en la Arqueología prehistórica un debate clásico hace ya tiempo superado en la Etnología: evolución *versus* difusión, «fuente de los más grandes desengaños de la Etnología» (LEROI-GOURHAN, 1945). Hoy se ha atenuado sensiblemente el alcance de la distinción entre el cambio que interviene en una cultura por el juego de desarrollos internos y aquél que resulta del contacto entre varias sociedades con culturas diferentes, entre invencción y préstamo. Hoy se prefiere el término innovación porque se refiere a ambos y se pone el acento en la complejidad de los procesos

de adopción de un elemento nuevo, sea interior o exterior (MERCIER, 1968, pp. 1.009-1.010). Aunque referidas al medio y las técnicas, vienen a colación aquí las reflexiones de Leroi-Gourhan acerca de que es difícil en la práctica considerar aisladamente al préstamo y la invencción y que incluso existe una cierta identidad entre ambos, porque el grupo no inventa más que si está en posesión de elementos preexistentes para fundar la innovación; pero la misma condición se impone en el préstamo: éste sólo es posible en un grupo cuyo medio técnico es favorable al préstamo, por recordar las dos veces secular frase de Ferguson de que se adopta frecuentemente lo que se disponía a inventar. Esta constatación banal, que no se recibe o no se inventa más que a condición de poder hacerlo y por la puesta en movimiento de los mismos mecanismos internos, no parece haber sido explotada; desdeñada por su banalidad o ignorada, no es un postulado habitual (LEROI-GOURHAN, 1945, pp. 419-427). Del mismo modo, por ejemplo, la insistencia de Malinowski en que el préstamo pudiera ser tan creación como la invencción. Consideraciones todas imprescindibles a la hora de valorar procesos como la neolitización de la base epipaleolítica, a lo que luego nos referimos.

Pero reconocer la existencia de ciertos límites y apartarse de disyuntivas como la reseñada no supone que las dificultades desaparezcan. Porque aún dentro de los imperativos derivados del estado actual de la investigación, es posible una multiplicidad de planteamientos y matices, desde la ruptura Epipaleolítico/Neolítico a la consideración de una lenta incorporación del sustrato epipaleolítico al nuevo modo de vida, que tienden a alejar al modelo abstracto de la neolitización mediterránea de las proposiciones verificables. Y si en uno de los extremos del espectro de posibilidades estarían las hipótesis de una migración de gentes que procedentes del Mediterráneo oriental se asentarían en áreas del sur de Italia, hablándose en tales casos de colonos o portadores de la corriente cultural de la cerámica impresa y de indígenas que evolucionarían bajo la influencia de los primeros (RADMILLI, 1975; TINE, 1976), en la otra parte se encontraría la mayoría de la bibliografía francesa y española que, valorando las influencias, los contactos marítimos, la introducción de nuevos elementos, etc., prefiere soslayar su modo concreto, apelando a complejos procesos de media o larga duración.

Hay motivos para tales diferencias en el grado de concreción de las propuestas, ya que el gran desarrollo de los poblados correspondientes al primer

neolítico del sur de Italia, en marcado contraste con respecto al Epipaleolítico local, conforman una imagen muy distinta a la que poseemos en la zona mediterránea de nuestra península, por más que recientes trabajos como las excavaciones en les Guixeres (BALDELLOU Y MESTRES, 1981) o los hallazgos al aire libre de las proximidades de Lleida (GALLART Y MIR, 1984) amplían considerablemente las expectativas. Sin embargo, las razones últimas de esta mayor cautela en el Mediterráneo más occidental derivan sobre todo de la gran amplitud geográfica que presenta el fenómeno del Neolítico cardial, necesitando de una clarificación interna en orden a sus peculiaridades y asociaciones regionales. La lejanía de este ámbito con respecto a las zonas de referencia última, esto es, el Mediterráneo más oriental, provoca el empleo de lo que podemos llamar modelos parciales, asimilándose los principales núcleos de yacimientos neolíticos a verdaderos focos del proceso de neolitización de su entorno, pero sin explicitar totalmente el modo en que hicieron su aparición estos mismos focos. Así se habla reiteradamente de la difusión o avance del Neolítico desde las zonas costeras hacia el interior, suponiendo un intercambio o mejor un flujo de influencias entre las comunidades plenamente neolíticas y el substrato epipaleolítico; pero el mecanismo que condujo a la aparición de aquéllas tan sólo se concreta en la hipótesis de que estamos ante un fenómeno ligado a las relaciones marítimas y suficientemente rápido como para no poder establecer con claridad un gradiente cronológico entre las distintas partes del extremo occidental mediterráneo.

El panorama se complica en nuestro caso porque estos modelos parciales o la consiguiente fragmentación espacial de los estudios hacen que en ocasiones se pierda la perspectiva mediterránea del fenómeno, llegándose a olvidar o desdibujándose algunas de las premisas consustanciales al modelo general, antes expuestas. De lo que son buen ejemplo el énfasis con que ocasionalmente se destacan las estrechas relaciones entre las comunidades epipaleolíticas y su medio ambiente, la paulatina neolitización de algunas de estas comunidades y, en general, la coherencia de una lenta evolución en el modo de vida de las sociedades humanas dentro de pequeños marcos regionales mejor estudiados. El problema es que, pudiendo ser absolutamente válidas estas apreciaciones, de la suma de estos ejemplos no puede inferirse un modelo general que tienda a minusva-

lorar el peso de las conexiones externas. Porque son dos cosas distintas, por un lado, la neolitización del substrato epipaleolítico a partir de la existencia en su entorno inmediato de otras comunidades neolíticas plenamente formadas, que aquí asumen el papel de generadoras de influencias y, por otro, la propia neolitización o el modo en que hicieron su aparición estas comunidades neolíticas. Aunque ambas forman parte del proceso general.

La aplicación de modelos de comportamiento hombre/medio ambiente, que sitúan al primero como plenamente integrado en la ecología de su hábitat, constituyendo él mismo un nicho, se ha revelado como positiva en el intento por negar una ruptura Epipaleolítico/Neolítico que concedía a este último todas las ventajas en la explotación de los recursos. Pero una aplicación indiscriminada de esta importante relación hombre-medio ambiente puede tener connotaciones negativas si deviene en la necesidad de un *continuum* entre los modos de vida cazador-recolector y agricultor. Porque no hay que negar capacidad de evolución a los grupos epipaleolíticos, pero tampoco ha de suponerse que obligadamente los grupos epipaleolíticos tienden a convertirse, por mor de su propia evolución, en pastores de ovejas y cultivadores de cereales.

A pesar de que es mucho lo que nos falta por conocer sobre los grupos epipaleolíticos o sobre la relación substrato epipaleolítico/comunidades plenamente neolíticas, los interrogantes fundamentales a la hora de explicar los inicios del Neolítico en la Península Ibérica son los que se refieren concretamente a estas comunidades neolíticas que aparecen súbitamente en nuestro registro arqueológico, aunque es seguro que lo hicieron de una manera menos brusca a nivel de las generaciones humanas. Las preguntas básicas son, por lo tanto, cómo se articula el substrato epipaleolítico con la primera difusión en su zona de nuevas actividades económicas y de las tecnologías asociadas con ellas; o más precisamente, si existió o no esta articulación inicial, o si sólo se dio en momentos posteriores a partir de la implantación de unas comunidades que eran originariamente ajenas a la zona.

Hay razones en la historia de la investigación para mirar con desconfianza hacia los planteamientos de difusión cultural y especialmente los de inmigración o movimientos de gentes. Manejados muchas veces con extrema simpleza, nos resulta difícil acostumbrarnos a pensar que tales conceptos

se refieren a complejos procesos históricos y que, si bien pueden haber sido utilizados erróneamente, ello no significa que debemos descalificarlos globalmente. No puede admitirse un sistemático reflejo contrario basado en la igualdad que muchas veces ha establecido la investigación entre tales planteamientos y la imagen de grandes oleadas de población en constante movimiento. Entre otras razones porque nadie supone hoy estos grandes y continuos movimientos de pueblos, inimaginables e inverificables en los inicios de nuestro Neolítico, que se han convertido en la caricatura a la que se intenta combatir inútilmente, porque en modo alguno forma parte del paradigma de la actual investigación. Algunos etnogeógrafos han afirmado que el más somero estudio comparativo pone en evidencia que el capital cultural de una comunidad determinada es casi enteramente prestado, pero que es difícil establecer generalizaciones seguras tanto porque las barreras físicas y la simple distancia afectan al establecimiento de contactos como, sobre todo, porque ambas no poseen valores absolutos: son relativas al ímpetu con que el hombre se enfrenta a ellas. Además, no se trata taxativamente de una cuestión de hombres individuales, viajando a través de inmensas distancias o atravesando amplias zonas de mar o de territorio difícil —aunque tales cosas puedan ser realizadas en un nivel cultural bastante inferior— sino de la transmisión de comunidad a comunidad (DARYLL FORDE, 1966, pp. 487-490).

Pero eliminadas las exageraciones y rechazando toda discusión en términos excluyentes, permanece la realidad de la difusión cultural y la evidencia de que los cereales, los ovicápridos domésticos o la cerámica no son cosas o logros que los grupos epipaleolíticos de la zona mediterránea peninsular pudieron aprehender simplemente como consecuencia de su evolución. El problema es, pues, si esta difusión se realizó a través del contacto de unos grupos con otros, sin necesitar recurrir a desplazamientos geográficos. O si, por el contrario, la expansión de la nueva cultura estuvo asociada al movimiento o a la expansión paulatina de los grupos que la sustentaban, pudiendo reducir esta expansión a parámetros comparables al crecimiento demográfico de los grupos neolíticos o a otros coeficientes que puedan resultar aceptables. En este último supuesto, el proceso histórico de la progresión del Neolítico sería asimilable al modelo propuesto por Ammerman y Cavalli-Sforza (1971 y 1973), por ejemplo, distin-

guiéndolo de la colonización, sobre la base de la existencia de un gradiente en la aparición del Neolítico de este a oeste, con un coeficiente de expansión verosímil que, con todo, podría ser matizado para el Mediterráneo occidental teniendo en cuenta la conexión marítima que aquí parece tener el proceso.

De las páginas precedentes no debe entenderse, pues, una postura difusionista o moderadamente difusionista: simplemente acepta a la difusión como uno, entre otros, de los mecanismos que intervienen en el desarrollo cultural. Aculturación y contacto cultural, o algo tan creativo como el concepto de difusión-estímulo que Kroeber (1940) definiera en el campo de la Etnología, cuyos ejemplos, referidos a lo que hasta cierto punto es una invención, pero no independientemente, podrían entrar en la explicación de aspectos del Neolítico. No sería improbable encontrar estratos con sencillas cerámicas lisas, sin que ello signifique, evolutivamente, un horizonte liso antecardial. O la convergencia, no tanto producto de la invención como de la limitación de posibilidades, según expusiera Goldenweiser (1933, pp. 45-46). O desarrollos más o menos autóctonos.

Todo ello deberá considerarse una vez que el registro arqueológico y su articulación cronológica nos sea mejor conocido, y sin duda nos encontraremos en muchos casos ante desarrollos que hemos de considerar autóctonos, por más que en su raíz esté el estímulo de la difusión.

En esta dirección se encaminan las actuales investigaciones sobre un arte neolítico que en su doble vertiente de representaciones muebles y manifestaciones rupestres, encontraría su explicación en las gentes cardiales (MARTÍ et alii, en preparación), y que podría relacionarse desde la óptica de un largo proceso con el Arte Levantino, del que venimos insistiendo en su relación con la neolitización del Epipaleolítico. Lo que justificaría con un nuevo argumento esa idea, cada vez más generalizada, de que el Arte Levantino es casi la pictografía de los nuevos modos que paulatinamente se fueron afirmando.

Otro caso, con el que ya finalizamos, se refiere a la progresiva neolitización del substrato epipaleolítico en su conjunto. Porque, siguiendo con aquellas reflexiones de Leroi-Gourhan, lo que es importante en la difusión de un objeto, una técnica o una idea que entran dentro de otro grupo no son ellos mismos sino la suerte que corren; la vida de cada grupo humano es defendida por un conjunto sólido y coherente y la difusión no se impone por el solo con-

tacto de los hombres. Para que prospere debe llenar o, mejor, satisfacer una necesidad preexistente o crear una nueva que sea compatible con la vida inmediata del grupo, debe encontrar el medio favorable. Cuando es asimilado, aparece marcado por otras dos condiciones: sufre la huella personal del grupo que adopta, adquiere una facies local y se pliega a la exigencia de las materias primas del nuevo hábitat; en general, a los condicionantes de su nuevo medio (LEROI-GOURHAN, 1940, p. 380 y ss.). Algo que se evidencia al comparar el registro de Oro Sarsa con el de Botiquería, Costalena o Cocina. Pero esa neolitización significó algo crucial en el proceso general: su mayor expansión. Geddes, al tratar de la introducción de ovejas domésticas en los yacimientos del epipaleolítico final del Mediterráneo francés, ponía en cuestión la utilidad conceptual de un Neolítico como forma elemental de difusión y de estímulo para la sustitución de una economía de subsistencia por otra de producción, concluyendo que las comunidades indígenas mesolíticas podían haber constituido un componente

principal en la emergencia de ésta (GEDDES, 1985). La palabra clave es introducción. La información que poseemos para la zona mediterránea española no justifica la introducción de ovejas domésticas antes del Neolítico e indica en los yacimientos epipaleolíticos, que continuaron su desarrollo paralelamente a los primeros cardiales, una economía en la que la caza es mayoritaria, pero es muy importante señalar que conocían ovejas y cabras domésticas y que, por tanto, desde su situación indígena, en parte autóctona, en parte innovada, jugaron también un papel significativo en la expansión del complejo neolítico.

El cuadro básico a que antes nos referíamos para los inicios del Neolítico en la zona mediterránea de la Península Ibérica, podría tener en este amplio y complejo marco su lugar adecuado; sin duda lejos de soluciones unívocas, pero en la mejor perspectiva para avanzar en su conversión a términos de comportamiento humano.

Oviedo y Valencia, junio de 1985

BIBLIOGRAFIA

- ACOSTA, P. (1983): Neolítico inicial en el sudoeste hispano: la Cueva de la Dehesilla (Cádiz). *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale*, Résumé des communications, Montpellier, p. 175-176.
- ACOSTA, P. (1984): El arte rupestre esquemático ibérico: problemas de cronología preliminares, en FORTEA, J. (ed.) *Scripta Praehistorica Francisco Jordá Oblata*. Acta Salmanticensis, 156, p. 31-61.
- ALFARO, C., (1984): *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la romanización*. Biblioteca Praehistórica Hispana, XXI, Madrid.
- ALFEREZ, F.; MOLERO, G.; BUSTOS, V. y BREA, P. (1981): La fauna de macromamíferos, en ASQUERINO, M.^a D. y LÓPEZ, P., La Cueva del Nacimiento (Pontones). Un yacimiento neolítico en la Sierra del Segura. *Trabajos de Prehistoria*, 38, p. 139-145.
- ALTUNA, J. (1978): Fauna del yacimiento prehistórico de Botiquería dels Moros. Mazaleón (Teruel). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 5, p. 139-142.
- ALTUNA, J. (1980): Historia de la domesticación animal en el País Vasco desde sus orígenes hasta la romanización. *Munibe*, 32, fasc. 1-2.
- AMMERMAN, A. J. y CAVALLI-SFORZA, L. L. (1971): Measuring the rate of spread of early farming in Europe. *Man*, vol. 6, n.º 4, p. 674-688.
- AMMERMAN, A. J. y CAVALLI-SFORZA, L. L. (1973): A population model for the diffusion of early farming in Europe, en RENFREW, C. (ed.): *The explanation of culture change. Models in Prehistory*. Duckworth, Gloucester, p. 343-357.
- APARICIO, J. (1973): La Cueva del Volcán del Faro (Cullera) y el Paleomesolítico valenciano. *Quartär*, Bd. 23-24, p. 71-91.
- APARICIO, J. (1979): *El Mesolítico en Valencia y en el Mediterráneo occidental*. Servicio de Investigación Prehistórica, Trabajos Varios, 59, Valencia.
- APARICIO, J. (1982): La neolitización y el Neolítico en Valencia (España). *Le Néolithique ancien méditerranéen*. Archeologie en Languedoc, n.º special, p. 81-96.
- APARICIO, J. y SAN VALERO, J. (1977): *La Cova Fosca (Ares del Maestre, Castellón) y el Neolítico valenciano*. Departamento de Historia Antigua, Serie Arqueológica, 4, Valencia.
- APELLÁNIZ, J. M. (1973): Corpus de materiales de las culturas prehistóricas con cerámica de la población de cavernas del País Vasco meridional. *Munibe*, suplemento n.º 1.
- APELLÁNIZ, J. M. (1974): El Grupo de los Husos durante la Prehistoria con cerámica del País Vasco. *Estudios de Arqueología Alavesa*, 7.

- APELLÁNIZ, J. M. (1975): El Grupo de Santimamiñe durante la Prehistoria con cerámica. *Munibe*, XXVII, fasc. 1-2.
- APELLÁNIZ, J. M. y ALTUNA, J. (1975): Excavaciones en la Cueva de Arenaza I (San Pedro de Galdamés, Vizcaya). *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, 4, p. 121-197.
- ARRIBAS, A y MOLINA, F. (1978): *El poblado de «Los Castillejos» en las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada)*. Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada, Serie monográfica, 3, Granada.
- ASQUERINO, M.^a D. (1978): Cova de la Sarsa (Bocairente, Valencia). Análisis estadístico y tipológico de materiales sin estratigrafía. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia - Saguntum*, 13, p. 99-225.
- ASQUERINO, M.^a D. y LÓPEZ, P. (1981): La Cueva del Nacimiento (Pontones). Un yacimiento neolítico en la Sierra del Segura. *Trabajos de Prehistoria*, 38, p. 107-148.
- BALDELLOU, V. (1981): El Neo-eneolítico altoaragonés. *I Reunión de Prehistoria Aragonesa*, Huesca, p. 57-90.
- BALDELLOU, V. y MESTRES, J. (1981): Les Guixeres de Vilobí, hàbitat del Neolític Antic a l'aire lliure, en CAMPS, G. et alii (eds.). *El Neolític a Catalunya. Taula rodona de Montserrat. Maig 1980*. Abadía de Montserrat, p. 69-74.
- BALOUT, L. (1955): *Prehistoire de l'Afrique du Nord*. Arts et Métiers Graphiques, Paris.
- BALLESTER, I. (1928): Unas cerámicas interesantes en el Valle de Albaida. *Cultura Valenciana*, III, c.º 3-4, separata.
- BARANDIARÁN, I. (1977): El proceso de transición Epipaleolítico-Neolítico en la Cueva de Zatoya. *Príncipe de Viana*, 146-147, p. 5-46.
- BARANDIARÁN, I. (1978): El abrigo de Botiqueria dels Moros. Mazaleón (Teruel). Excavaciones arqueológicas, 1974. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 5, p. 49-138.
- BARANDIARÁN, I. (1982): Datación por el C-14 de la Cueva de Zatoya. *Trabajos de Arqueología navarra*, 3, p. 43-57.
- BARANDIARÁN, I y CAVA, A. (1981): Epipaleolítico y Neolítico en el abrigo de Castalena (Bajo Aragón). *Bajo Aragón, Prehistoria*, III, p. 5-20.
- BARANDIARÁN, I. y CAVA, A. (1985): Las industrias líticas del Epipaleolítico y del Neolítico en el Bajo Aragón. *Bajo Aragón, Prehistoria*, V, *Las industrias líticas del Bajo Aragón y sus relaciones con el Valle del Ebro*, p. 49-86.
- BARANDIARÁN, I. y VALLESPÍ, E. (1980): *Prehistoria de Navarra*. Pamplona.
- BATISTA, R. (1961): Sant Quirze Safaja. *Ampurias*, XXII-XXIII, p. 343-344.
- BERNABEU, J. (1982): La evolución del Neolítico en el País Valenciano. Aportaciones al estudio de las culturas neolíticas en el extremo occidental del Mediterráneo. *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 37, p. 85-137.
- BERNABÓ BREA, L. (1950): Il Neolitico a ceramica impressa e la sua diffusione nel Mediterraneo. *Rivista di Studi Liguri*, XVI, 1-3, p. 25-36.
- BERNABÓ BREA, L. (1946 y 1956): *Gli scavi nella caverna delle Arene Candide. Parte I. Gli strati con ceramiche*. Vol. I y II, Bordighera.
- BOESSNECK, J. y DRIESCH, A. von der (1980): Tierknochenfunde aus vier Südspanischen Höhlen. *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel*, 7, p. 1-83.
- BOSCH GIMPERA, P. (1920): La Arqueología preromana hispánica, apéndice a SCHULTEN, A., *Hispania*. Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, P. (1923): L'estat actual del coneixement de la civilització neolítica i eneolítica de la Península Ibérica. *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VI, p. 516-527.
- BOSCH GIMPERA, P. (1932): *La Etnología de la Península Ibérica*. Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, P. (1952): Néo-énéolithique espagnol et africain. *Actes du Congress-Panafricain de Préhistoire*, Alger, p. 503-508.
- BOSCH GIMPERA, P. y PERICOT, L. (1925): Les civilisations de la Péninsule Ibérique pendant le Néolithique et l'Énéolithique. *L'Anthropologie*, XXXV, p. 409-452.
- CAMPS, G.; LLONGUERAS, M.; MARCET, R.; PETIT, M.^a A. y ROVIRA, J. (Eds.) (1981): *El Neolític a Catalunya. Taula rodona de Montserrat. Maig 1980*. Abadía de Montserrat.
- CAUVIN, J. (1968): *Les outillages néolithiques de Byblos et du littoral libanais*, en DUNAND, M.: *Fouilles de Byblos*, t. IV, Librairie d'Amérique et d'Orient, Paris.
- CEBRIA, A.; FULLOLA, J.; GARCÍA, P.; GRACIA, V. y MILLÁN, M. (1981): Avance al estudio de los asentamientos con cerámica de Filador (Margalef de Montsant, Priorat, Tarragona). *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia-Saguntum*, 16, p. 37-62.
- CIPOLLONI, M. (1977-1982): Gli scavi nel villaggio neolitico di Rendina (1970-76). Relazione preliminare. *Origini*, XI, p. 183-323.
- COLOMINAS, J. (1925): *Prehistòria de Montserrat*. Monestir de Montserrat.
- DARYLL FORDE, C. (1968): *Hàbitat, economia y sociedad*. Oikos-Tau ed., Barcelona.
- DAVIDSON, I. (1972): The animal economy of la cueva del Volcán del Faro, Cullera, Valencia, Spain. *Trans. Cave Research Group of Great Britain*, 14, p. 23-32.
- DAVIDSON, I. (1976): Les Mallaetes and Monduver: the economy of a human group in prehistoric Spain, en

- Problems in Economic and Social Archaeology*, Duckworth, Londres, p. 483-499.
- DELIBRIAS, G. et alii, (1976): Datations absolues des dépôts post-glacières et des gisements pré et protohistoriques (Néolithique, Age du Bronze, Age du Fer), en *La Préhistoire Française*, II, Paris, p. 857-899.
- EVIN, J. (1983): Revision de la chronologie absolue des débuts du Néolithique en Provence et Languedoc. *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale*, Montpellier, en prensa.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1977): Cuestiones sobre la neolitización en la Península Ibérica. *Revista de Occidente*, 19, p. 2-7.
- FERNÁNDEZ MIRANDA, M. y MOURE, A. (1975): El abrigo de Verdelpino (Cuenca). Un nuevo yacimiento neolítico en el interior de la Península Ibérica. *Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria*, III, p. 191-236.
- FLETCHER, D. (1953): Avances y problemas de la Prehistoria valenciana en los últimos veinticinco años. *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, XXI, p. 8-36.
- FLETCHER, D. (1956): La doble faceta del Neolítico Hispano-mauritano. *IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (Madrid, 1954)*, p. 415-416.
- FLETCHER, D. (1962): Toneles cerámicos neolíticos. *VII Congreso Nacional de Arqueología (Barcelona, 1960)*, Zaragoza, p. 148-151.
- FLETCHER, D. (1963): Nuevos datos sobre las relaciones neolíticas entre las costas españolas y del Mediterráneo oriental. *Homenaje a P. Bosch Gimpera*, México, p. 167-172.
- FORTEA, J. (1971): *La Cueva de la Cocina. Ensayo de cronología del Epipaleolítico (Facies Geométricas)*. Servicio de Investigación Prehistórica, Trabajos Varios, 40, Valencia.
- FORTEA, J. (1973): *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*. Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, 4, Salamanca.
- FORTEA, J.; MARTÍ, B.; FUMANAL, P.; DUPRE, M. y PÉREZ, M. (1983): Epipaleolítico y neolitización en la zona oriental de la Península Ibérica. *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale*, Montpellier, en prensa.
- GALLART, J. y MIR, A. (1984): Dos jaciments neolítics a la Vall Femosa (El Segrià-Les Garriges). *Ilerda*, XLV, p. 17-28.
- GEDDES, D. S. (1980): *De la chasse au troupeau en Méditerranée occidentale*. Archives d'Ecologie Préhistorique, 5, Toulouse.
- GEDDES, D. S. (1985): Mesolithic domestic sheep in west mediterranean Europe. *Journal of Archaeological Science*, 12, p. 25-48.
- GOLDENWEISER, A. A. (1933): *History, Psychology and Culture*. New York.
- GÓMEZ MORENO, M. (1933): La cerámica primitiva ibérica. *Homenaje a Martins Sarmiento*, Guimaraes, p. 125-136.
- GRIVE, M. (1936): L'Esquerda de les Roques de «El Pany» (Torrelles de Foix). *Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans*, VIII, p. 19-33.
- GUILAINE, J. (1976): *Premiers bergers et paysans de l'Occident méditerranéen*. Mouton ed., Paris y La Haye.
- GUILAINE, J. (1976): La neolitización de las costas mediterráneas de Francia y España. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 3, p. 39-50.
- GUILAINE, J. (1980): Problèmes actuels de la néolithisation et du néolithique ancien en Méditerranée occidentale, en *Interaction and Acculturation in the Mediterranean*, Amsterdam, p. 3-22.
- GUILAINE, J. (1980): La chronologie du Néolithique ibérique. *Travaux de l'Institut d'Art Préhistorique*, XII, p. 231-243.
- GUILAINE, J. (1984): Le Néolithique ancien en Languedoc et Catalogne. Eléments et réflexions pour un essai de périodisation, en FORTEA, J. (ed.). *Scripta Praehistorica Francisco Jorda Oblata*. Acta Salmanticensia, 156, p. 271-286.
- GUILAINE, J. y VEIGA, O. da, (1970): Le Néolithique ancien au Portugal. *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 67, p. 304-322.
- GUSI, F. (1977): Actividades arqueológicas en la provincia de Castellón. *Penyagolosa*, 14, s.p.
- GUSI, F. (1978): Ecosistemas y grupos culturales humanos en las comarcas de Castellón durante el Pleistoceno y mitad del Holoceno. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 5, p. 181-206.
- GUSI, F. y OLARIA, C. (1979): El yacimiento prehistórico de can Ballester (Vall d'Uxó, Castellón). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 6, p. 39-96.
- HARRIS, D. R. (1981): Breaking ground: agricultural origins and archaeological explanations. *Bulletin of the Institute of Archaeology*, 18, p. 1-20.
- HOPF, M. (1966): *Triticum monococcum* L. y *Triticum dicoccum schübl* en el Neolítico antiguo español. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XI, p. 53-73.
- HOPF, M. (1983): Les debuts de l'agriculture et la diffusion des plantes cultivées dans la Peninsule Ibérique, d'après les resultats archeologiques. *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale. Résumé des communications*, Montpellier, p. 61-63.
- HOPF, M. y PELLICER, M. (1970): Neolithische Getreidefunde in der Höhle von Nerja (prov. Málaga). *Madrid-Mitteilungen*, 11, p. 18-34.
- JORDÀ, F. (1953): Notas sobre los comienzos del Neolítico en nuestra península. *Archivum*, III, p. 259-271.
- JORDÀ, F. (1985): *Los 25.000 años de la Cueva de Nerja*. Salamanca.

- JORDÁ, F. y ALCÁCER, J. (1949): *La Covacha de Llatas (Andilla)*. Servicio de Investigación Prehistórica, Trabajos Varios, 11, Valencia.
- JORDÁ, F.; JORDÁ PARDO, J. F.; GONZÁLEZ TABLAS, F. J.; AURA, J. E. y SANCHIDRIÁN, J. L. (1983): La Cueva de Nerja. *Revista de Arqueología*, 29, p. 57-65.
- JORDÁ PARDO, J. (1981): La malacofauna de la cueva de Nerja (I). *Zephyrus*, XXXII-XXXIII, p. 87-99.
- JUAN, J. (1984): El utillaje neolítico en sílex del litoral mediterráneo peninsular. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia-Saguntum*, 18, p. 49-102.
- KROEBER, A. L. (1940): Stimulus diffusion. *American Anthropologist*, XLII, p. 1-20.
- LEROI-GOURHAN, A. (1945): *Evolution et Techniques, II: Milieu et Techniques*. Albin Michel ed., París.
- LLOBREGAT, E. (1966): Estado actual de los problemas de la Arqueología Palestina: Paleolítico a Calcolítico. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 2.
- LLOBREGAT, E.; MARTÍ, B.; BERNABEU, J.; VILLAVERDE, V.; GALLART, M.^a D.; PÉREZ, M.; ACUÑA, J. D. y ROBLES, F. (1982): Cova de les Cendres (Teulada, Alicante). Informe preliminar. *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 34, p. 87-111.
- LONGUERAS, M. (1981 a): Aproximació als antecedents de la Indústria lítica del Neolític Antic català, en CAMPS, G. et alii (eds.). *El Neolític a Catalunya*, Abadía de Montserrat, p. 29-32.
- LONGUERAS, M. (1981 b): La Balma de l'Espluga (Sant Quirze de Safaja, Barcelona), en CAMPS, G. et alii (eds.). *El Neolític a Catalunya*, Abadía de Montserrat, p. 123-126.
- MALQUER, J. (1965): Prólogo a MUÑOZ, A. M.^a. *Cultura neolítica catalana*. Barcelona.
- MARTÍ, B. (1977): *Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante)*. Vol. I. Servicio de Investigación Prehistórica, Trabajos Varios, 51, Valencia.
- MARTÍ, B. (1978): El Neolítico de la Península Ibérica. Estado actual de los problemas relativos al proceso de neolitización y evolución de las culturas neolíticas. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia-Saguntum*, 13, p. 59-98.
- MARTÍ, B.; FORTEA, J.; BERNABEU, J.; PÉREZ, M.; FUMANAL, P.; DUPRE, M.; ACUÑA, J. D.; ROBLES, F. y GALLART, M.^a D. (1983): El Neolítico antiguo en la zona oriental de la Península Ibérica. *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale*, Montpellier, en prensa.
- MARTÍ, B.; PASCUAL, V.; GALLART, M.^a D.; LÓPEZ, P.; PÉREZ, M.; ACUÑA, J. D. y ROBLES, F. (1980): *Cova de l'Or (Beniarrés, Alicante)*. Vol. II. Servicio de Investigación Prehistórica, Trabajos Varios, 65, Valencia.
- MARTÍNEZ SANTA OLALLA, J. (1941): Esquema paleontológico de la Península Hispánica. *Corona de Estudios de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, T. I., Madrid, p. 141-166.
- MERCIER, P. (1968): L'Anthropologie sociale et culturelle, en *Ethnologie générale*. Encyclopie de la Pléiade, Gallimard ed., París.
- MESADO, N. (1981): La Cova del Mas d'En Llorenç y el arte prehistórico del Barranco de la Gasulla. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVI, p. 281-306.
- MORALES, A. (1977): Análisis faunísticos de Verdelpino (Cuenca). *Trabajos de Prehistoria*, 34, p. 69-81.
- MOURE, A. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1977): El abrigo de Verdelpino (Cuenca). Noticia de los trabajos de 1976. *Trabajos de Prehistoria*, 34, p. 31-68.
- MOURE, A. y FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1978): The Cave of Verdelpino (Cuenca, Spain). *Current Anthropology*, 19, p. 149-150.
- MOLINA, M. y MOLINA, J. (1973): *Carta Arqueológica de Jumilla (Murcia)*. Diputación Provincial de Murcia.
- MUÑOZ, A. M.^a (1970): Estado actual de la investigación sobre el Neolítico español. *Pyrenae*, 6, p. 13-28.
- MUÑOZ, A. M.^a (1975): Consideraciones sobre el Neolítico español. *Memoria del Instituto de Arqueología y Prehistoria*, Universidad de Barcelona, p. 27-40.
- MUÑOZ, A. M.^a (1976): El Neolítico continental andaluz. Comunicación al VII Symposium de Prehistoria Peninsular, Córdoba.
- MUÑOZ, A. M.^a (1984): La neolitización en España: problemas y líneas de investigación, en FORTEA, J. (ed.): *Scripta Praehistorica Francisco Jordá Oblata*. Acta Salmanticensis, 156, p. 349-370.
- NAVARRETE, M.^a S. (1976): *La Cultura de las Cuevas con cerámica decorada en Andalucía oriental*. Universidad de Granada, 2 vols.
- OBERMAIER, H. (1916): *El hombre fósil*. Madrid.
- OLARIA, C. (1977 a): *Las Cuevas de los Botijos y de la Zorrera en Benalmádena*. Málaga.
- OLARIA, C. (1977 b): Las dataciones de C-14 en el País Valenciano. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 4, p. 271-280.
- OLARIA, C. (1980): Aportación al conocimiento de los asentamientos neolíticos en la provincia de Castellón. *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 7, p. 31-88.
- OLARIA, C.; ESTÉVEZ, J. e YLL, E. (1982): Domesticación y paleoambiente de Cova Fosca. *Le Néolithique ancien méditerranéen*. Archéologie en Languedoc, n.º special, p. 107-120.
- OLARIA, C. y GUSI, F. (1978): Cueva Fosca: nuevas fechas de C-14 para el Neolítico mediterráneo de la Península Ibérica. *C-14 y Prehistoria de la Península Ibérica*. Fundación Juan March, Serie Universitaria, 77, Madrid, p. 61-63.
- OLARIA, C. y GUSI, F. (1981): Avance preliminar del yacimiento neolítico antiguo de Cova Fosca (Castellón). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 8, p. 129-146.

- OLARIA, C. y GUSI, F. (1983): Cova Fosca. Un asentamiento de cazadores y pastores en la serranía del Maestrazgo. *Revista de Arqueología*, 27, p. 18-24.
- OLARIA, C.; GUSI, F. y ESTÉVEZ, J. (1980 a): El consumo alimentario de los grupos humanos meso-neolíticos en Cova Fosca (Ares del Maestrat, Castellón). *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonense*, 7, p. 89-98.
- OLARIA, C.; GUSI, F. y ESTÉVEZ, J. (1980 b): El Neolítico de Cova Fosca (Ares del Maestrat, Castellón). *IV Congreso Nacional de Arqueología*, Faro, en prensa.
- PALLARY, P. (1907): Le préhistorique saharien. *L'Anthropologie*, 18, p. 140-145.
- PELLICER, M. (1963): *Estatigrafía prehistórica de la Cueva de Nerja*. Excavaciones Arqueológicas en España, 16, Madrid y Málaga.
- PELLICER, M. (1964 a): *El Neolítico y el Bronce de la Cueva de la Carigüela de Piñar (Granada)*. Trabajos de Prehistoria, 15, Madrid.
- PELLICER, M. (1964 b): La cerámica impresa del Neolítico inicial en el Mediterráneo occidental. *Zephyrus*, XV, p. 101-124.
- PELLICER, M. (1967): Las civilizaciones neolíticas hispanas. *Las Raíces de España*. Instituto Español de Antropología Aplicada, Madrid, p. 27-46.
- PELLICER, M. (1979): La Prehistoria de Andalucía occidental como función geográfica. *XV Congreso Nacional de Arqueología (Lugo, 1977)*, Zaragoza, p. 25-30.
- PELLICER, M. (1981): Observaciones sobre el estado actual de la Prehistoria hispana. *Habis*, 12, p. 361-374.
- PELLICER, M. (1983): Neolítico meridional hispano: la Cueva de Nerja (Málaga). *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale*. Résumé des communications, Montpellier, p. 171-172.
- PELLICER, M. y ACOSTA, P. (1982): El Neolítico antiguo en Andalucía occidental. *Le Néolithique ancien méditerranéen*. Archéologie en Languedoc, n.º special, p. 49-60.
- PÉREZ, M. (1977): *Los mamíferos del yacimiento musteriense de Cova Negra (Játiva, Valencia)*. Servicio de Investigación Prehistórica, Trabajos Varios, 53, Valencia.
- PÉREZ, M. (1983): La explotación de los recursos. En FORTEA, J. et alii. Epipaleolítico y neolitización en la zona oriental de la Península Ibérica. *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale*, Montpellier, en prensa.
- PERICOT, L. (1934): *Historia de España. Epoca primitiva y romana*. Instituto Gallach, vol. I, Barcelona.
- PERICOT, L. (1945): La Cueva de la Cocina (Dos Aguas). *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, p. 39-71.
- PERICOT, L. (1949): Prólogo a JORDÁ, F. y ALCÁCER, J.: *La Covacha de Llatas (Andúlla)*. Servicio de Investigación Prehistórica, Trabajos Varios, 11, Valencia.
- PERICOT, L. (1971): Prólogo a FORTEA, J.: *La Cueva de la Cocina. Ensayo de cronología del Epipaleolítico (Facies Geométricas)*. Servicio de Investigación Prehistórica, Trabajos Varios, 40, Valencia.
- PERICOT, L. y TARRADELL, M. (1962): *Manual de Prehistoria africana*. Madrid.
- PONSELL, F. (1929): La Cova de la Sarsa (Bocairente). *Archivo de Prehistoria Levantina*, I, p. 87-89.
- RADMILLI, A. M. (1975): L'avvento del Neolítico nell'Italia adriatica. *Atti I Convegno di Studi sulle Antichità Adriatica*, Chieti, p. 1-10.
- RIPOLL, E. (1961): Excavaciones en Cueva Ambrosio (Vélez-Blanco, Almería). Campañas 1958-1960. *Am-purias*, XXII-XXIII, p. 31-49.
- RODRÍGUEZ, G. (1982): La Cueva del Nacimiento. Pontones, Santiago. Provincia de Jaén. *Le Néolithique ancien méditerranéen*, Archéologie en Languedoc, n.º special p. 237-252.
- SAN VALERO, J. (1942): Notas para el estudio de la cerámica cardial de la Cueva de la Sarsa (Valencia). *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, XVII, p. 87-126.
- SAN VALERO, J. (1946): El Neolítico español y sus relaciones. *Cuadernos de Historia Primitiva*, I, p. 5-33.
- SAN VALERO, J. (1947): La Caverna de las Arenas Cándidas y el Neolítico de Europa occidental. *Rivista di Studi Liguri*, XIII, p. 184-186.
- SAN VALERO, J. (1950): *La Cueva de la Sarsa (Bocairente, Valencia)*. Servicio de Investigación Prehistórica, Trabajos Varios, 12, Valencia.
- SAN VALERO, J. (1951): Relaciones euroafricanas de la cerámica neolítica. *Première Conférence Internationale des Africanistes de l'Ouest*, Dakar, separata.
- SAN VALERO, J. (1954): *El Neolítico Hispánico*. Publicación con motivo del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, Madrid.
- SARRIÓN, I. (1980): Valdecuevas, estación meso-neolítica de la Sierra de Cazorla (Jaén). *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia-Saguntum*, 15, p. 23-56.
- SCHUBART, H. y PASCUAL, V. (1966): Datación por el C-14 de los estratos con cerámica cardial de la Coveta de l'Or. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XI, p. 45-51.
- SIRET, L. (1892): Nouvelle campagne de recherches archéologiques en Espagne. La fin de l'époque néolithique. *L'Anthropologie*, III, p. 385-404.
- SIRET, L. (1893): L'Espagne préhistorique. *Revue des Questions Scientifiques*, Bruxelles, separata.
- SIRET, L. (1907): Orientaux et occidentaux en Espagne aux temps préhistoriques. *Revue des Questions Scientifiques*, Bruxelles, p. 489-562.
- SIRET, L. (1913): *Questions de chronologie et d'ethnographie ibériques. Tome I. De la fin du Quaternaire a la fin du Bronze*. Paris.
- SIRET, L. (1931): Caractères industriels du néo et de l'énéolithique dans le Sud de la Péninsule Ibérique.

- XV Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistorique (Portugal, 1930), Paris, separata.
- SOLER, J. M.^a (1961): La Casa de Lara de Villena. Poblado de llanura con cerámica cardial. *Saitabi*, XI, p. 193-200.
- TARRADELL, M. (1960): Problemas neolíticos. *I Symposium de Prehistoria Peninsular (Pamplona, 1959)*, Pamplona, p. 45-67.
- TINE, S. (1976): La neolitizzazione dell'Italia peninsulare. *IX Congrès Union Internationale des Sciences Préhistoriques*, Colloque XXI, Nice, p. 74-88.
- TINE, S. (1983): *Passo di Corvo e la civiltà neolitica del Tavoliere*. Sagep ed., Genova.
- UERPMMANN, H. P. (1983): The origins and relations of neolithic sheep and goats in the western Mediterranean. *Premières communautés paysannes en Méditerranée occidentale*, Résumé des communications, Montpellier, p. 45-46.
- UTRILLA, P. (1982): El yacimiento de la cueva de Abauntz (Arraiz, Navarra). *Trabajos de Arqueología Navarra*, 3, p. 203-345.
- VICENT, A. M.^a y MUÑOZ, A. M.^a (1973): *Segunda campaña de excavaciones en la Cueva de los Murciélagos, Zuheros (Córdoba), 1969*. Excavaciones Arqueológicas en España, 77, Madrid.
- VILANOVA y PIERA, J. (1872): *Origen, naturaleza y antigüedad del Hombre*. Madrid.
- VILASECA, S. (1969): Cueva de la Font Major. *Trabajos de Prehistoria*, 26, p. 117-220.